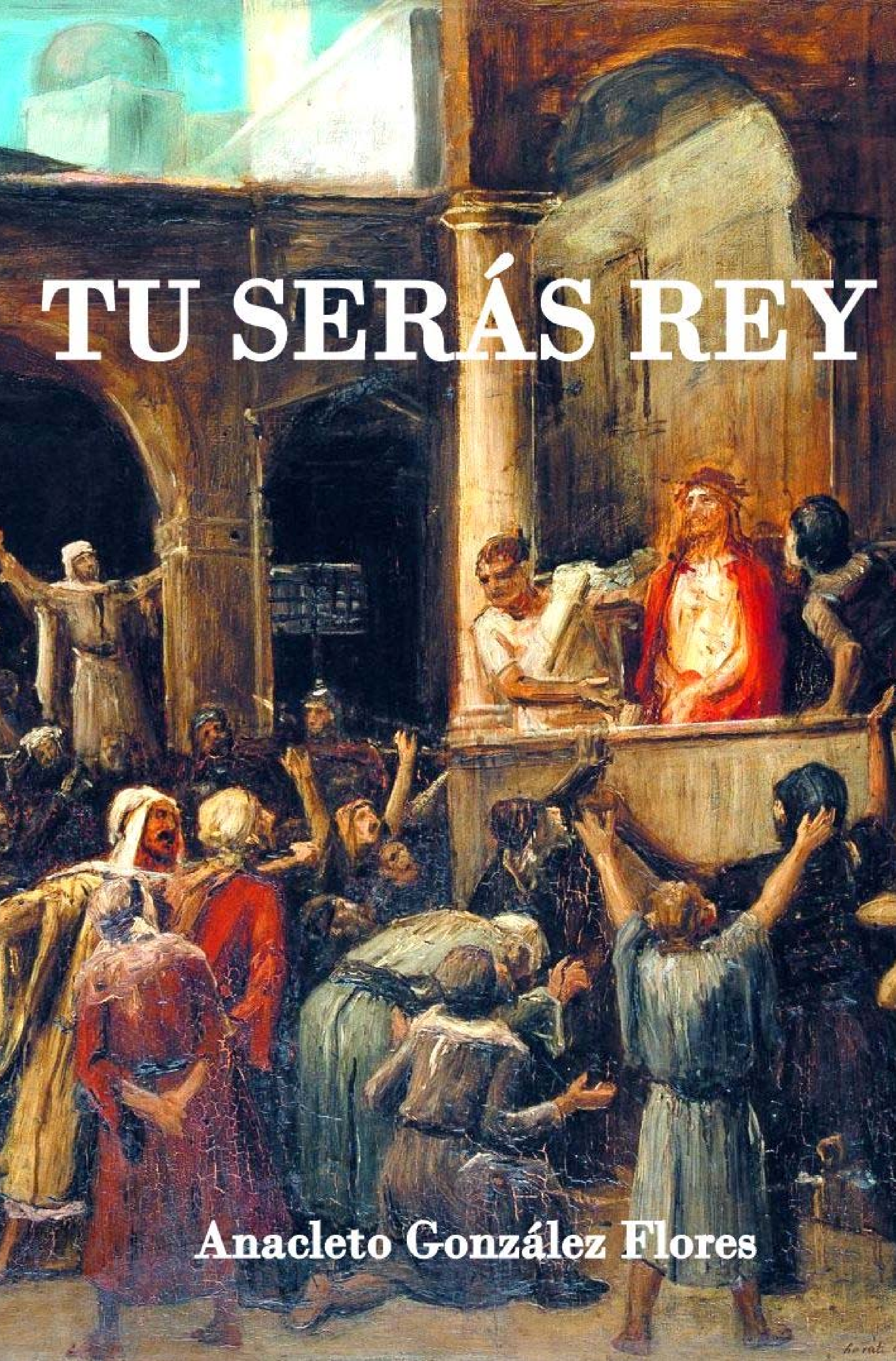


# TU SERÁS REY

Anacleto González Flores

**Anacleto González Flores**

# Tu Serás Rey

**Comité Central de la A. C. J. M.**

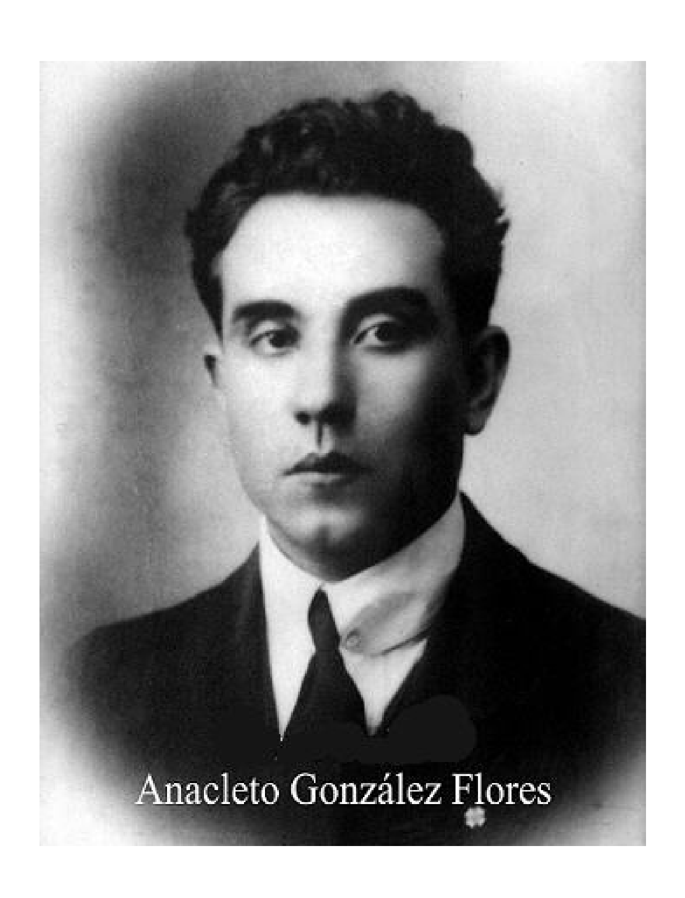
**México, 1950**

*El reino de los cielos se alcanza*
*a viva fuerza y los que la hacen son*
*los que lo arrebatan.*

Evangelio de San Mateo

**Nota del editor:**

El autor de este libro, Anacleto González Flores, fue beatificado el 20 de noviembre de 2005 en el Estadio Jalisco de la ciudad de Guadalajara, junto con otros compañeros mártires por la misma causa.



## DEDICATORIA DE LOS EDITORES

El Comité Central de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana, dedica esta segunda edición de la obra póstuma de Anacleto González Flores:

*Al Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Dr. Dn. José Ignacio Márquez y Toriz, de feliz memoria, quien desde su puesto de Director Pontificio de la A. C. M., fue para la Asociación, amigo, maestro y padre.*

*A la Sra. Dña. Mercedes Díaz Lombardo de Girault, actual Presidenta General de la U. F. C. M., en señal de reconocimiento por el decidido apoyo que desde hace 37 años, la Unión de Damas Católicas ha prestado a la A. C. J. M.*

*A la Srta. Dña. Amelia Saravia, actual Presidenta General de la J. C. F. M., con el deseo de que esta obra sea también para las jóvenes de la Acción Católica, el faro que ilumine el camino de su formación.*

*A todos los Venerables Institutos Religiosos que en nuestra Patria se dedican con especial cuidado a la formación de la Juventud.*

POR DIOS Y POR LA PATRIA

México, D. F., en el Domingo de Resurrección

del Año Santo de 1950.

## NUESTRO AGRADECIMIENTO

*El Comité Central de la A. C. J. M. manifiesta a la Sra. Dña. Concepción Guerrero Vda. de González Flores, su reconocimiento y gratitud por haberle otorgado el permiso para esta segunda edición.*

# DEDICATORIA

Le consagro a Cristo Rey —incansable vencedor de las grandes batallas— las páginas de este libro.

Y las dedico a mi esposa —María Concepción Guerrero, angustiada compañera de mi vida—, a mis hijos —Anacleto de Jesús y Raúl—, como una parte de la herencia de mi pensamiento y a las jóvenes y a los jóvenes de *La Cruzada Femenina por la Libertad* y de la A. C. J. M.

EL AUTOR.

# ÍNDICE

# ESTE LIBRO

Este libro aspira a ser un libro de juventud, en el sentido más intenso y fecundo, es decir, un libro de osadía cristiana. Porque en la base de todas las derrotas que han caído y llevamos sobre nuestras espaldas está todo un inmenso lastre de pusilanimidad y de apocamiento. Pusilanimidad y apocamiento en las vidas enfermas y raquíticas de los individuos y una postración espiritual innegable y desesperante en nuestra vida pública.

Oímos hablar todos los días de las grandes personalidades que han sabido edificar sobre su carne y sobre sus huesos para hacer crecer y erguir su estatura, y sentimos como que se trata de personajes de una leyenda que nace y se desarrolla a mucha distancia de nosotros y —tras de esto— parece asaltarnos la asfixia al pensar que tuviéramos, también nosotros, que edificar sobre nuestra carne y sobre nuestros huesos algo siquiera semejante.

Y vivimos, o hasta ahora hemos vivido totalmente resignados con nuestra estatura y con el milímetro de tierra que las vicisitudes nos han dejado, y allí esperamos con los brazos caídos que se cierren nuestros ojos y se nos sepulte lejos del grito de la vida. No pedimos ni más espacio ni más sol. Nos basta lo poco que una acometida, que todavía no ceja ni cejará, nos ha dejado por ahora, a reserva de arrojamos de allí y matarnos de asfixia, de hambre y sed.

Nuestro apocamiento nos ha aconsejado el desasimiento y la resignación. Nada que sobrepase un codo en altura, ni nada que vaya más allá de la tierra que pisamos. Sentimos que nuestra personalidad está gravemente enferma de empequeñecimiento y de anemia espiritual. Nuestro apocamiento no nos deja ni siquiera concebir que sea posible empinarnos sobre nosotros mismos y ser dueños de nuestros destinos y de nuestra voluntad. De aquí que hayamos tenido que venir a caer en esta mendicidad y en este innegable y evidente empobrecimiento de hombres y de valores.

Y de aquí nuestra desbandada. Se nos ha desalojado de todas partes. Y nuestras manos se han doblado en el primer encuentro y todo lo hemos

abandonado. Ni siquiera nos atrevemos a pedir más de lo que se nos da. Se nos arrojan todos los días las migajas que deja la hartura de los invasores y nosotros nos sentimos contentos con ellas.

Se dice que Alejandro, después de vencer al rey Poro, le preguntó a éste si pedía algo. Y Poro se limitó a decir que no pedía otra cosa que ser tratado como rey. Insistió Alejandro para decir que pidiera algo más. Y el rey vencido dijo que no pedía más, porque con ser rey le bastaba. Nosotros hemos renunciado a ser reyes, porque nuestras manos se han enflaquecido —en medio de nuestra mendicidad— hasta el punto de que sabemos que no podremos con la carga de ser reyes y preferimos nuestros harapos de mendigos. Y nuestro desasimiento y nuestra resignación, más que ser un brote espontáneo y noble de nuestra generosidad son el fruto lógico de nuestra pusilanimidad y de nuestro apocamiento. Y nuestra pusilanimidad y nuestro apocamiento están en pugna abierta con el cristianismo. Porque desde el punto de vista histórico y doctrinal, el cristianismo fue —desde su aparición— y sigue siendo una inmensa y ardiente acometida que ha llenado todas las páginas de la historia y continúa su marcha hacia todos los confines del mundo.

Grande osadía se necesita ya para llegar a ser un santo; grande osadía se necesita para conquistar un siglo; grande osadía se necesita para ganar un imperio. Y la Iglesia, nutrida al parecer con sangre de León y poseída de todas las osadías, derriba hombres, gana imperios, extiende ilimitadamente sus dominios y hoy —a la vuelta de cerca de dos mil años y cuando debiera haber envejecido— abre sus ojos hacia todas las fronteras, filosofías, cátedras, libros, parlamentos, arte, política y no desespera de fundar el imperio más vasto que hayan visto los siglos.

La Iglesia vive y se nutre de osadías. Todos sus planes arrancan de la osadía. Solamente nosotros nos hemos empequeñecido y nos hemos entregado al apocamiento. Pero a partir de ese instante hemos tenido que caer en la deserción. Porque en esa incansable acometida de cerca de veinte siglos que ha deshecho las conquistas de los más grandes capitanes, que ha ganado incontables batallas en los dominios del pensamiento, de la ciencia, del arte y de la acción, ¿qué tienen que hacer los pusilánimes, los cobardes y los apocados? Nada. Mejor dicho, sí, tienen qué hacer: deben retirarse. Son un lastre y un fermento de miedo que contagia y siembra el pavor. Más aún: la posición lógica del verdadero cristiano —es decir del verdadero católico— es la osadía. Y si hay alguno que no tiene atrevimiento ni para hacer crecer la propia estatura con un trabajo encendido y encarnizado

de conquista de sí mismo y de batalla sangrienta, con las propias pasiones, está al margen de la corriente histórica del cristianismo, que ha sido siempre enconada y recia pelea.

Se dirá que se tiene derecho de renunciar a la púrpura, y que se tiene una alta y resonante palabra para que se pueda decirla —en medio del recogimiento y de la humildad— en la soledad y en la sombra; si se tiene un profundo pensamiento se puede hundirlo en el recato de la vida interior; si se tiene mano de alfarero de multitudes, se puede retenerla lejos de la acción. Se puede —es cierto— renunciar a muchas cosas, y aun se debe renunciar a la fiebre para saciar el orgullo y para nutrir la vanidad; pero no se debe renunciar a la púrpura de Cristo, que estamos obligados hasta a mojarla con nuestra sangre.

Y cuando se abandonan las alturas dominantes de la vida, o no se tiene atrevimiento para ganarlas, todo logrará subir, menos Cristo que ha querido y quiere ascender en nosotros y con nosotros. Hemos pagado muy cara nuestra deserción porque, por haber renunciado a ser reyes, hemos venido a ser esclavos. Y hoy no hay más remedio que subir. Y para subir el único camino está en ser verdaderos valores; y, por tanto, en salir de nuestro apocamiento y de nuestra pusilanimidad. Necesitamos poner ya desde hoy, en la raíz de nuestra vida, la osadía para empezar. Bajo el aliento de la osadía querremos volvernos sobre nosotros mismos para golpearnos hasta el desangramiento. Y hechos altos y robustos valores —siempre bajo el soplo de la osadía—, querremos y sabremos y podremos abrimos paso, aplastar todos los obstáculos y ascender.

Pero —habrá que repetirlo y recalcarlo— hay que comenzar por matar nuestro apocamiento y por poner en su lugar todo el inmenso arranque de acometida de la osadía cristiana. No nos parecerán entonces ni altas, ni sagradas, ni inviolables las murallas de todos los dominios a donde debemos llevar la púrpura victoriosa de Cristo; y, con un acto permanente de presencia en la mitad de las batallas del pensamiento, de la palabra, de la prensa, del libro, de la cátedra, de las escuelas, de la política, de la organización y de la totalidad de la vida..., llegaremos a ser reyes, no para nosotros, no para nuestra vanidad ni para nuestros planes personales; sino para que reine Cristo sobre las montañas y sobre los tejados.

Por eso este libro es, ante todo, o aspira a ser, un libro de osadía. De sobra sé que los viejos lo leerán —si es que lo leen— con prevención. Y que los partidarios de las actitudes acompasadas, ecuánimes, medidas y pesadas en balanza de precisión, se encogerán de hombros. Afortunada-

mente, toda la historia del Cristianismo es una comprobación de que la única solución segura de todos los grandes problemas de libertad y de victoria, es la osadía. Y no muy tarde, los hechos se encargarán de repetir la historia y de hacer fracasar la solución de los falsos prudentes, para darles toda la razón a los imprudentes que no tienen más imprudencia que la osadía cristiana.

Los jóvenes, que leerán ávidamente estas páginas —porque ha pasado por ellas el vuelo de las águilas que desafían al sol— beberán hasta la embriaguez el vino de la osadía y en seguida irán a forzar los desfiladeros por donde se va a las alturas y sabrán y podrán y querrán ser reyes.

'El Norge" es un dirigible que ha sentido más de una vez el vértigo de la osadía. Ha hendido los aires llevando sobre sus alas a varios arrojados exploradores de lo desconocido. En un día del mes de junio del año pasado, 'El Norge" tripulado por Roald Amundsen (noruego), Humberto (italiano) y Ellsworth (norteamericano), marchó hacía el Polo Norte. Después de grandes fatigas y de vivas ansiedades lograron encontrarse los tripulantes sobre la nieve del Polo silenciosa y lejana. Los viajeros —un año antes formularon el proyecto de ir al Polo Norte— convinieron en que al llegar al término de su viaje arrojarían las banderas de sus respectivos países de manera que las astas, al caer se clavaran y fueran un símbolo de victoria. Fueron arrojadas las banderas sucesivamente y, al verlas ondear sobre el hielo —según confesión de los mismos tripulantes— sintieron éstos un fuerte estremecimiento de entusiasmo.

El ansia más viva del que escribe este libro es que sus páginas se escriban de nuevo, no sobre hojas inertes de pergamino, sino sobre la carne palpitante de muchas vidas. El ansia que alienta en el fondo de estas páginas es que después de que pasen por el corazón encendido de la juventud que todavía se arrodilla delante de Cristo y se acerca a El para beber de la sangre de sus batallas y de la osadía inmensa de sus acometidas, caigan como las astas de 'El Norge " convertidas en banderas de victoria, en la mitad del hirviente tumulto donde se riñen las más ardientes peleas del pensamiento, de la palabra y de la acción.

En uno de los libros de Shakespeare, al día siguiente de que Macbeth, ha ganado una batalla, las brujas lo saludan y una de ellas le dice: 'Salud, Macbeth, tu serás rey". Y de allí marcha Macbeth, encendido por la fiebre de reinar y no descansa hasta conseguirlo.

Que cada una de las páginas de este libro de juventud, sea un grito que salude a los nuevos viajeros del porvenir, y que les diga penetrante-

mente al oído el grito de las brujas de la tragedia de Shakespeare: “Tu serás rey”. Y que ese grito se cumpla, pero no para hacer reinar a un hombre, sino para hacer reinar plenamente a Cristo.

# LA JUVENTUD

La juventud es bella y radiante como la estrella que brilla en el oriente al amanecer. Hechiza a los que la poseen y a los que la han perdido. Es una embriaguez de ensueño y de ilusión, que produce el vino fuerte y oloroso del odre rebosante de la vida. Por esto nadie quiere perderla. Por esto todos aspiran a su posesión. Y por esto todos la lloran el día en que —como en uno de los libros de Shakespeare— se le ve llevada río abajo como a Ofelia coronada de ranúnculos y de blancura, náufraga y perdida en la corriente de los años.

Si es verdad —como lo es— que todos los días nacemos y morimos, nuestro corazón es una cuna por la mañana y una tumba al anochecer, cuando naufraga el bajel del día. Todos hemos visto, estremecidos por el oleaje de la savia nueva, nacer nuestra juventud; y muchos, que ya la vieron morir, llevan todavía empinado en su corazón el largo sollozo que no se acaba y que se juntó a la última plegaria que se rezó al lado del cadáver bello de la juventud. Porque hasta muerta es bella la juventud. Y cómo no había de serlo —hasta la embriaguez y la locura— cuando sueña y canta a lo largo de nuestras venas y corona nuestra frente con sus manos olorosas a primavera.

En medio de la Grecia inmortal, apareció una vez un hombre austero y pensativo; había llenado de asombro a sus contemporáneos con su vida serena y armoniosa; sus palabras tranquilas y reposadas —como agua mansa que se va— pronunciaban oráculos y desconcertaba a los hinchados y a los sofistas. Bien pronto se vio rodeado, en las calles y en las plazas de Atenas, de dos jóvenes ávidos de oír y estar al lado del maestro. Aquel maestro era Sócrates. Su instinto de moldeador de porvenir y de esperanza, lo había hecho prendarse, por encima de todas, las bellezas de Grecia, de la juventud. Vivía embriagado con el aliento virgen, fresco —como de odre perfumado— de la juventud. Y vivía, como el alfarero, con las manos austeras hundidas en el barro humedecido de las almas y con los ojos en espera, hacia la distancia remota del nuevo día. Así lo sorprendió y arrebató la muerte. Porque cuando la mano de la infamia se cebó en la vida del maes-

tro de la juventud griega y extendió hacia él la copa de la cicuta, Sócrates respiraba el aliento de la juventud y murió embriagado de juventud y rodeado de juventud. Y las últimas palabras del filósofo mártir fluyeron de sus labios tersos y serenos —como un tranquilo raudal que desciende de la montaña— y fueron el testamento que escribía para la juventud.

¿Qué arrebató hacia las rutas por donde marcha la juventud —con tanto y tenaz afán— la vida de Sócrates? ¿Pensaba acaso y solamente en la Grecia futura, enterrada en el barro de los corazones vírgenes y nuevos y veía despuntar los contornos de la ciudad poblada de bardos, de pensadores y de estadistas? ¿O fue que, inconsolable después de haber enterrado su propia juventud, buscaba el contacto espiritual de las fuerzas nacientes y de las alas de los pájaros empinados en los nidos que hacen ensayos para echarse en el mar azul del espacio? ¿O aparte de sus ansias de ciudadano del porvenir y de la muerte llorada de su propia juventud, había vislumbrado algo en la esencia íntima de la juventud, y había visto cara a cara algún alto milagro de belleza, que jamás será posible encontrar en ninguna otra edad de la vida? Y en este último caso, ¿qué lo arrebató para siempre y lo echó a andar por las calles de Atenas, como un viajero incansable, detrás de cada vida recientemente despertada a la plenitud de la energía juvenil?

Será difícil contestar satisfactoriamente estas preguntas hechas en derredor de un maestro y de un pensador que lo quiso arriesgar y perder todo por la juventud. Lo cierto es que Platón, que oyó al maestro y se quedó para siempre prendado, a su vez y desde su juventud, de la fisonomía moral de Sócrates, y que quiso, y lo consiguió superabundantemente, cuajar el recuerdo de su maestro en el molde de la inmortalidad, en el Fedón, diálogo claro y hermoso como estrella de media noche, pone en los labios del mártir estas palabras: “El riesgo es bello y debemos embriagamos con él”. Y Sócrates había vivido embriagado de riesgo, había apurado el cáliz del riesgo a cada paso y había entregado su cabeza al golpe último en plena embriaguez de riesgo: del riesgo supremo de perder la vida.

A través de estas inesperadas y fuertes palabras: ‘El riesgo es bello y debemos embriagarnos con él” es posible ver pasar un vislumbre para dar explicación cabal ala fiebre de moldeador que alentó —en su peregrinación de iluminado del porvenir— al maestro más alto que tuvo la juventud de Atenas. Y si el riesgo fue la más ardiente pasión de Sócrates y lo buscaba con ansia y con delirio entre la juventud, se encontró cara a cara con la belleza insuperable del riesgo, mejor dicho, del gesto desdeñoso que pasa

por encima de todos los riesgos con la misma tranquilidad con que el águila rasga el espacio y ve el pavor de los abismos con su larga mirada de altivez y de menosprecio; debió ver a la juventud con el mismo hondo estupor y el mismo incontenible arrebato que pasa en rápida y vertiginosa corriente de calosfrío a lo largo de nuestro ser, cuando somos testigos —en el presente o en el pasado, en las páginas de la historia—, del paso de las almas ávidas de altura, de riesgo y de abismo, con la mano y el pensamiento encima del oleaje alborotador de la tormenta.

Aseguran algunos historiadores que Alejandro el Grande, poco antes de intentar la conquista de Asia, distribuyó su reino y sus tesoros entre sus amigos todos: iba en busca del riesgo; sentía el vértigo del riesgo. La tranquilidad lo asustaba; la seguridad lo había hastiado. Y cuando uno de sus amigos le dijo —al verlo despojado de todo su reino—: ¿Y qué dejas para ti? —"La Esperanza", respondió Alejandro tranquilamente.

Alejandro vivía y vivió —con sus sueños de conquistador— embriagado con la belleza del riesgo. Y Enrique Ibsen, en uno de sus más fuertes dramas, ha realizado soberanamente todo el hechizo que tiene la belleza del riesgo y ha expresado, con una energía inesperada, el arrebato interior que pasa a través de las almas que llegan a encontrarse en presencia de la sublimidad del riesgo. Brand —que es el personaje central del drama— se arroja en medio del oleaje rugiente, en una frágil barquilla, y va en busca de un hombre para salvarlo. A su regreso se le presenta un hombre que —lleno de una viva e irresistible exaltación— le dice: "La tempestad rugía y el mar llenaba de espanto. Tú te arrojaste, desafiando mar y tempestad. Más de uno experimentó a un tiempo calor y frío en el corazón. Fue como sol; después como viento que pasa. Parecía que las campanas se lanzaban al vuelo y tocaban a rebato". Más vivamente, será difícil expresar todo el inmenso e irresistible hechizo de la belleza del riesgo y de los que se arriesgan. Y Sócrates tuvo razón de prendarse para siempre de la juventud si, entre otras cosas, buscaba la presencia permanente y real de la belleza y del riesgo.

Pues afirmemos ahora que uno de los atributos esenciales, íntimos y profundos de la juventud, es la belleza del riesgo; o en otros términos: la audacia, la osadía que fluye, que irradia a flor de vida en forma tangible y de una manera permanente, no de un modo accidental. Y la osadía, la belleza del riesgo, es atributo esencial de la verdadera juventud.

Fue Lacordaire el que escribió estas palabras: "La juventud es sagrada a causa de sus peligros". Y el peligro supremo de la juventud consiste

en saber y querer arrojarse en el mar del peligro, en la corriente amenazadora de todos los riesgos con la canción en los labios, con un gesto de desdén en la boca y con una ciega confianza en el éxito. Y esto sucede todos los días y en todas las cosas, cuando se trata de la verdadera juventud, de la juventud que no ha perdido todavía sus atributos esenciales, íntimos y característicos.

La vida es un riesgo permanente; riesgo en el orden físico, riesgo en el orden moral, riesgo en el orden intelectual, riesgo en el orden político, riesgo en todos los aspectos de la actividad humana. En vano todos los días trabajan los hombres por echar la nave de la vida por rutas exploradas y bien conocidas. No se ha llegado hasta ahora más que a tener una seguridad demasiado relativa. Porque al poco andar truena la tormenta sobre las cabezas de los viajeros, el abismo abre sus enormes fauces y el peligro asoma su cara amenazadora y trágica. “El Titanic”" fue un barco que representaba el máximo esfuerzo hecho para afianzar la seguridad ante los riesgos del mar. Fue botado al agua con un gesto de orgullo y de confianza ilimitada. Sin embargo el “Titanic” acabó su historia de celebridad con un hundimiento arrasador provocado por un riesgo que se hizo también muy célebre. Y contar en estos momentos los barcos que se han hundido y los náufragos que ha habido en el mar inmenso de todos los demás riesgos —batallas del pensamiento, de las escuelas, de los sistemas, de la política, de la guerra y de las doctrinas— sería lo mismo que tener que repetir página a página la Historia, que es toda entera un inmenso naufragio de todas las flotas humanas, en el océano de todos los riesgos.

Bonaparte creía haberlo asegurado todo con la punta de su espada vencedora: conquistas, trono, dinastía y porvenir. Pero bien pronto naufragó en el mar de los riesgos, y él mismo tuvo que decir: “Waterloo borrará el recuerdo de tantas victorias”.

La vida es, por tanto, un riesgo perenne. Y en presencia de ella todos buscan su puesto y asumen una actitud que viene siempre determinada por la naturaleza íntima y propia de cada edad. Los niños ríen y juegan delante de la vida, porque ignoran aún todo el alcance inmenso de riesgo y de tragedia que hay en el fondo de cada existencia. Los viejos —que se ufanan de haberlo visto y saberlo todo— miden con balanzas de precisión todas las situaciones, todas las actitudes y, sobre todo, no tienen en sus labios otra palabra que la prudencia. Y para los viejos, la prudencia consiste en pensarlo todo, en medirlo todo, en calcularlo todo a manera de tener apre-

tada entre los dedos la seguridad, y de esquivar hábilmente todos los riesgos.

La vejez, que es el polo opuesto de la juventud, todo lo teme, se siente escoltada de riesgos y jamás se aventura. Cuando se pone en marcha todo lo ha calculado. Y si alguna vez parece arrojarse, no hay en su gesto de audacia más que meras apariencias, porque ha procurado preverlo todo y asegurarse contra todos los riesgos,

¿Y qué hace, qué ha hecho, qué hará eternamente la juventud? Longfellow, el alto bardo norteamericano de las estrofas del atrevimiento y del esfuerzo, ha escrito la respuesta en su poema “Excelsior”, que es el símbolo más cabal y vibrante de la esencia íntima de la juventud. Asciende el mancebo de “Excelsior”, ebrio de arrojo y de ensueño, por el flanco de la montaña. Va a desafiar todos los riesgos de la altura. Hay a cada lado del camino, pendientes cortadas sobre el abismo; a cada paso va a ser necesario estrujarse las manos en las escarpaduras afiladas de las rocas; habrá que agarrarse ansiosamente a una de las ramas de los pinos y podrá suceder que la rama se desgaje y él ruede al ventisquero; la nieve es resbaladiza y el pie puede perder el equilibrio y despeñarse el viajero en el precipicio; los tejos de hielo pueden deshacerse bajo la lumbre del sol y arrastrar a su paso árboles, piedras y caminantes; puede asomar inesperadamente alguna fiera y derribar de un zarpazo la audacia del mancebo. Y todos estos riesgos los gritan al oído del mancebo los viejos que han visto caer a muchos peregrinos tragados por el abismo; las aldeanas asombradas ante el joven osado que marcha hacia arriba, y estremecidas de compasión y de fuerte simpatía; los antiguos moradores de la montaña que saben cuántos no han vuelto de la jornada de ascensión. Y el mismo mancebo sabe todos esos riesgos; pero los busca ansiosamente como a la mujer amada, como el pájaro bebe el azul del cielo y como el brote se empina hacia la luz del sol. Y quiere desposarse con el peligro, quiere sentir la embriaguez del riesgo. Y quiere clavar su bandera, la bandera que lleva su diestra, en el picacho coronado de nieves y hartar su hambre de ensueño en la ebriedad de la osadía y de la victoria. Y esto: desafiar ventisqueros y derrumbes, aludes y deslaves, lobos hambrientos y oscuridad de la noche, ha hecho y hará la juventud, la verdadera juventud, en presencia de la vida, a pesar de su erizamiento de peligros.

Por esto a la juventud se le encontrará siempre en las vanguardias. Y allí donde sea necesario respirar arrojo y gallardía, allí donde sea preciso saludar cara a cara todos los riesgos, allí estará la juventud y allí se le en-

contrará siempre dispuesta —como el joven del poema de Longfellow— a desposarse en medio del vértigo de la altura, con el ensueño, bajo los besos radiantes de la aurora.

Ahora ya podemos escribir al lado de la frase de Lacordaire, esta frase muy parecida a la suya: “La juventud es irresistiblemente bella, con la belleza del riesgo, es decir, con la belleza de la osadía”.

Un día —ya entonces se había Sócrates desposado para siempre con la belleza del riesgo supremo— se echó a andar por las calles de Jerusalén, un joven hermoso, tranquilo y sereno. Acababa de salir del taller de un carpintero. No había oído a ningún maestro de filosofía. No venía de la Academia de Platón ni se había paseado al lado de Aristóteles para escuchar sus lecciones. No había sido legionario de ningún ejército ni había acompañado nunca a los conquistadores. Se había presentado con los brazos caídos a lo largo del cuerpo y en actitud de reto supremo. Nadie había dicho, ni nadie había pronunciado palabras más recias y osadas. Nadie había vuelto sus ojos tan atrevidamente, como El, contra el mundo. Su filosofía era el fermento de una inmensa, profunda y radical evolución. A lo largo de su pensamiento, pasaban —como centellas y relámpagos de media noche— vislumbres aterradoras. Césares, capitanes, ricos, pobres, sabios, conquistadores, navegantes, artistas, en fin, todos los hombres más atrevidos y audaces, al oír sus palabras habrían quedado aterrados de aquella inmensa osadía.

Alejandro había soñado reinar en el Asía y tenía sus soldados, sus capitanes y su prestigio de caudillo. Aquel extraño Maestro anunciaba la conquista del Mundo, la derrota de las escuelas, la bancarrota de los sistemas, la caída de los tronos, el hundimiento de los ejércitos, al solo conjuro de sus palabras. Y, sin embargo, no tenía más que un traje para su cuerpo y podía decir que no tenía “una piedra donde reclinar su cabeza”. Aquello no podía ser otra cosa que la más alta locura o la más fuerte osadía que ha cruzado por el mundo y por la historia.

Muchos siglos después, un hombre que había bebido el vino fuerte de todas las osadías, que había pasado escoltado de todos los riesgos y que había derribado príncipes y capitanes, pero que había caído en un peñasco del mar, como águila asaeteada en la mitad de su vuelo, hacía —en la Isla de Santa Elena— el balance de sus victorias y de sus empresas, y midió su propia estatura, en frente de las abiertas páginas de la Historia, con Alejandro y con César, con Carlomagno y Mahoma y tuvo que hallarse —entre los más osados— ante el joven carpintero que acababa de salir de su

taller cuando emprendió la más desconcertante y audaz de todas las conquistas. Y tras de reconocer él —Bonaparte— que su carrera había concluido en la tarde obscura de Waterloo, como habían concluido las de todos los otros audaces de la historia, señaló con su índice —con el mismo índice con que señalaba el rumbo de la victoria a sus mariscales y a sus granaderos— al joven nazareno, entregado todavía a la tarea de quebrar cetros, de volcar tronos, de revolver escuelas y filosofías, de echar entre las astillas de todas las cátedras las tablas de todos los sistemas, y de enviar —con un gesto eternamente radiante de juventud y de osadía— sus bajeles hacia todas las playas y hacia todos los polos; sus banderas hacia todas las fronteras para repetir lo mismo todos los días, minuto a minuto, en medio de todas las crisis y de todas las tempestades y de las persecuciones más enconadas, levantadas contra El.

Bonaparte había visto a los príncipes y reyes de Europa en las filas de su ejército, y para él no eran más que simples y humildes sargentos al lado de sus granaderos. El —el carpintero— había hecho algo más: Alejandro y César, Aníbal y Carlomagno y aun el mismo Bonaparte y todos los maestros y todas las escuelas y todos los estadistas no habían venido a ser más que obscuros guarismos en el juego complicado de los acontecimientos y humildes reclutas o abanderados del grande, del inmenso reino de

Jesús. Y ¿cómo empezó este inmenso y único audaz de la Historia? Con nada. No había hecho otra cosa que andar por las calles de Jerusalén y por los caminos de Judea. No tenía ni tuvo más herramientas que su palabra. Y a partir de ese momento se han conjurado contra El todos los riesgos de la vida, de la política, del pensamiento, de la palabra, de la guerra y de la historia. Y ha habido momentos en que se pierde en el oleaje de la tormenta y en que el riesgo de hundirse es, al parecer, seguro, inminente, inevitable. Y hay, y ha habido instantes en que sus enemigos piensan haberlo matado, juzgan que lo han enterrado y que ya no se levantará a intranquilizar reinos ni escuelas y que ha muerto en el desierto del olvido.

Pero bien pronto se repite la historia. Y cuando los perseguidores del Maestro han agotado la copa del odio y la han vaciado sobre todas las frentes y preguntan —como el retórico Libanio, bufón de Juliano el Apóstata— “¿Qué hace el carpintero?”, no falta quien dé la misma respuesta: “Hace un ataúd para sus perseguidores”. Y hoy mismo, aquí, en medio del vértigo, olvidado del delirio de la persecución, y cuando se le creía muerto, sepultado, olvidado y derrotado, y las puntas de las bayonetas escarban trémulas de furor en la conciencia nacional, para desenterrar hasta sus des-

pojos y repartirse sus vestiduras como lo hicieron los tahúres en la tarde obscura del Calvario... se repite el espectáculo glorioso del Domingo de Ramos y, a despecho de los legionarios del César y de la rabia de los verdugos, pasa otra vez —por millonésima vez— siempre radiante de juventud y de osadía, sentado sobre su pollina, mientras de las grietas de todos los sepulcros, de los labios inmensamente abiertos de todas las bocas —de catorce millones de bocas— y de los cuatro ángulos de nuestra Patria se levanta más estruendoso que nunca el "hosanna" del siglo, el "hosanna" de estos momentos de guerra, el "hosanna" que clavan todos los días en el puño de los perseguidores todos los perseguidos, y que es el "Viva Cristo Rey", que hace pocos días dijeron de rodillas trescientos millones de católicos.

Y si en estos instantes —en medio de la ebriedad del odio y de la noche de las cárceles— repiten los cesares y los verdugos la vieja pregunta y dicen de nuevo, con un gesto de sarcasmo y de ironía: "¿Qué hace el Nazareno?", oirán otra vez la misma vieja respuesta: "Fabrica ataúdes para sus perseguidores". Más aún: no será la generación venidera, ni serán los hijos de nuestros hijos; sino esta misma generación, la que hará muy pronto con sus propias manos, los ataúdes y dará sepultureros y enterradores.

No ha habido ni habrá jamás osadía como la de Cristo. No ha habido y no habrá jamás juventud más viva y fuerte que la de Cristo. Y si Sócrates —que se había dejado hechizar por la juventud de Atenas— hubiera conocido a Cristo, habría sido el segundo mártir y el más ferviente adorador del Maestro de Nazaret.

Fue Tertuliano el que dijo que el alma humana es naturalmente cristiana. Se puede igualmente decir que la juventud —por lo que tiene de alta y permanente osadía— es naturalmente cristiana. Y puede decirse más: la juventud se completa, se robustece y se asegura contra su debilitamiento o su extinción, poniéndose bajo el aliento perpetuamente juvenil de Cristo. Porque el Cristianismo —tanto en fuerza de su estructura ideológica como de sus corrientes históricas— es la doctrina del riesgo y de la dirección de la vida para cruzar victoriosamente a través de todos los riesgos. Porque no es tan poco atreverse a afrontar los riesgos de ser santo. Ni mucho menos los riesgos de ser mártir. Y el Cristianismo —ideológica e históricamente considerado— es la doctrina de la osadía santa, de la santidad y del bien. Juntar sus dos manos mojadas en el odre nuevo de la vida, la juventud, con la perenne juventud de Cristo, es lo mismo que fijar la dirección de la pro-

pia osadía y ponerla en fecunda y directa función con el bien, con la verdad y con el propio destino.

Porque no debe llevarse en alto la bandera del arrojo y de la audacia nomás por embriagarse en el mar amenazador de los riesgos; es preciso que se busque —que la juventud busque— la embriaguez del riesgo del bien, por el bien, para el bien y para la verdad. Ricardo León, en el "Hombre Nuevo"— uno de sus últimos libros— traza los contornos de un personaje, Juan de Monterrey, que busca el riesgo y se echa en él, solamente por saciar su hambre de peligro, de vértigo y de audacia. Pero es navegar a vela desplegada sin brújula, y naufragar también sin brújula y sin objeto. De aquí que la juventud, al lado de Cristo, realizará la fórmula única que hace y hará inmensamente fértil, la osadía ante los riesgos dentro del bien y para el bien. De otra suerte sólo se poseerá el vértigo, la locura del suicidio. Porque suicidarse es echarse en el océano de todos los riesgos, solamente por verlos de frente y embriagarse en su presencia.

Incorporada la juventud de cada hombre en la juventud eterna de Cristo, se sumará una osadía a otra osadía; y sumadas esas dos grandes audacias, se formará el nudo que abarcará todos los destinos. Es muy conocida esta frase: "Audaces fortuna juvat", es decir, la fortuna se rinde a los audaces. Y esta es una gran verdad. Todos los éxitos y todas las alturas han sido y seguirán siendo de los audaces. Y porque Cristo es la audacia más alta que ha pasado y sigue pasando a través de la Historia, ha sido y seguirá siendo el más afortunado.

César, al contarnos su historia, agotaría sus éxitos en un día. Bonaparte los contaría en un volumen de algunos cientos de páginas. Cristo agotaría la vida de muchos hombres si abriera sus labios para hacer la historia de sus batallas, de sus conquistas y de sus éxitos. Y es que la fortuna se le ha entregado toda entera y se ha rendido ante su inmensa e irresistible osadía.

Juntarse la juventud con Cristo, es asociar la propia fortuna y la propia audacia, no con la fortuna de César sino con la fortuna del más osado que ha hecho su aparición en la trama de la historia y en la urdimbre complicada de todas las vidas. Y es también desposarse la propia juventud —que es la audacia de un día— con la juventud de Cristo que es la audacia de lo eterno. Por esto los mártires y los santos han visto y ven todos los días, sin lágrimas ni sollozos, que el cauce de su vida remonta todas las distancias; pues han bebido en la fuente de juventud eterna de Cristo, los

raudales de una fertilidad que nunca se agota y de una audacia que nunca se cansa, ni se extingue, ni se fatiga.

Y mientras los viejos del cuerpo y del alma tiemblan y se azoran delante de todos los riesgos y se entregan a la parálisis, a la inercia y a la indecisión de los que a nada saben atreverse, ellos —los mártires y los santos— llenan sus ánforas en la corriente de la osadía eterna y marchan tranquilos en presencia del inmenso riesgo de ser mártires y de ser santos.

En torno a la fuerte personalidad de Leonardo de Vinci, se cuenta un hecho que puede ser una mera anécdota, pero que en todo caso tiene el alcance de un hermoso símbolo y de una lección perdurable para la juventud. Buscaba Leonardo de Vencí —en medio de su largo insomnio de artista— un ejemplar viviente que le sirviera para vislumbrar los rasgos de la fisonomía y de la figura de Cristo, para el cuadro de "La Ultima Cena". Después de largas y agotantes fatigas, descubrió al mancebo que podría ser un boceto de la plenitud juvenil y de la hermosura de Cristo. Y en presencia de aquel boceto, en que temblaba y ardía, en la carne, en la sangre y en la sustancia recóndita del espíritu, la lumbre de la juventud, trazó el pincel de Leonardo la figura tranquila, serena y luminosa de Jesús. Se asegura que había pasado algún tiempo y que era llegado el instante de que aquel príncipe del color y de la línea hiciera aparecer en su cuadro inmortal a Judas, el traidor. Y dado a buscar el boceto de carne viva que le proporcionara los rasgos de la figura y de la fisonomía del apóstol maldito —cabal antítesis de la figura y de la fisonomía del Maestro— se fijó en un hombre que era como una pequeña ciudad que había sido entrada a saco y que había padecido los estragos de un incendio devorador. Todo: la mirada torva, la frente mustia y arrugada, el rostro contraído, el cuerpo un tanto encorvado, la laxitud de los brazos y de la cabeza, denunciaban al primer golpe de vista, un cuerpo y un alma que habían derrochado todas sus reservas de gallardía y de audacia y que habían agotado las fuerzas vivas de la juventud. Y de aquel resto de un secreto, desconocido y remoto naufragio, salió para completar el grupo de os doce, juntamente con el Maestro, Judas, el traidor. Leonardo —movido por el atisbo lejano de una semejanza imprecisa y dudosa con otro boceto ya conocido—, interrogó a aquel hombre acerca de su nombre y de sus antecedentes. Y entonces aquel hombre —resto mutilado de uno de los muchos y trágicos naufragios en que se hunden muchas vidas— aquel hombre que era todo un viejo del cuerpo y del alma, dijo que él no era más que el doloroso recuerdo del joven fuerte y gallardo, donde la mirada larga y encendida de Leonardo había buscado porfiadamente el boceto de Cristo y donde había logrado encontrarlo.

Ser joven, permanecer joven, conservar —en plenitud de vigor y de gallardía y como bandera desplegada en presencia de todos los riesgos de la vida —la audacia santa de la santidad y del bien, es parecerse intensamente a Cristo, es ser su boceto y estar muy próximo a El. Envejecer del cuerpo y del alma, —sobre todo del alma— y saquear todo el venero de reservas vivas y de arrojo de la juventud, y echarlas en el vértigo y en el oleaje del exterminio, bajo las alas abiertas del buitre que devora osadías y atrevimientos, es alejarse de Cristo, es volverle las espaldas a Cristo, es aproximarse a Judas el traidor, es no tener ni el valor de afrontar los propios remordimientos y acabar por querer estrangularse y estrangularlos con una cuerda atada al cuello y suspendida de un árbol.

Por esto, no basta ser ni haber sido joven una vez. No basta haber sido vivo y palpitante boceto de Cristo, ni basta haberse asociado un día a su eterna juventud. Es preciso ser joven con la juventud de los mártires y de los santos; todos los días y en todas partes. Es preciso vivir permanentemente asociados a la osadía inmensa de Cristo, a su inacabable juventud, para no ser solamente el resto ennegrecido y mutilado del naufragio de una vida que ha sido saqueada y entregada a la lumbre devoradora del incendio que arruina y que mata las fuerzas vivas de donde arranca la audacia santa de ser buenos, de ser mártires y de ser santos.

Es preciso que hoy mismo toda nuestra juventud —muchachas que llevan coronada su frente por la aurora de la ilusión y muchachos que ya han empezado a saludar la presencia de las fuerzas nacientes e impetuosas— junten sus dos manos, todavía mojadas en el odre de la vida, con las dos manos de Cristo, mojadas todavía en la sangre de su audacia —que es la osadía más santa de todas las osadías— para que ni todos las naufragios, ni todos los incendios, ni todos los riesgos logren cortar ni secar el nervio de la juventud, y para que marche siempre al lado del Nazareno, que es la personalidad más osada que ha visto la historia, y el poder inextinguiblemente joven que ha revuelto, que revuelve y revolverá —hasta el último día con sus batallas y sus atrevimientos— escuelas, sistemas, filosofías, pensamientos, doctrinas, reinos, tronos y ciudades.

Es la hora de los grandes riesgos y de las grandes osadías. Nos hallamos en el cruce donde se han dado cita, y a donde han llegado en tropel vertiginoso todos los riesgos. No se le puede rezar a Dios, no se puede bendecir a Cristo, no se le puede cantar a la libertad sin que el puño de los verdugos estruje brazos, amordace labios, quiebre plumas y hunda su espada hasta la empuñadura en el pensamiento y en las conciencias. El que

se atreve a cantar a Dios tiene que ir a platicar con la sombra, a beber y a apurar el cáliz de la soledad a la mitad de la noche y encontrarse rodeado de picas ensangrentadas. Y porque esta es la hora de los grandes riesgos y de las grandes osadías, es también la hora de la juventud, solamente de la juventud. Los viejos del cuerpo y del alma no quieren, ni pueden tener puesto en esta batalla. Ellos han perdido la osadía y no podrán tolerar ni la visión lejana de los grillos y de los calabozos.

Pero la juventud sí sabe, sí quiere, sí puede ir y estar en el cruce de los riesgos ásperos de esta hora de sombra. ¡De pie —toda entera—, recia juventud efe mi Patria! Que allí, en el cruce tormentoso de todos los riesgos, estés presente: allí, por encima de las puntas erizadas de las espadas; allí, por encima de los puños crispados de los verdugos; allí, por encima de la legión de todos los pretorianos; allí, por encima de la noche profunda de todas las cárceles y de todos los calabozos, se te vea —en plena embriaguez ante la belleza del riesgo— extender largamente, ansiosamente tus brazos y juntar tus dos manos —olorosas a primavera y mojadas en savia nueva de encino joven y fuerte— con las dos manos de Cristo, mojadas en la sangre de todas sus batallas, y que de esa tu inmensa embriaguez con Cristo —por encima de todos los verdugos— salgan la Iglesia y la Patria, rescatadas, radiantes y rejuvenecidas.

# EL FORJADOR

La fragua llamea por dentro y por fuera. La mano larga y pródiga de la vida batió barro y acero y, después de varios años de espera, echó raíces secas arrancadas de los troncos envejecidos del bosque, dejó caer sobre ellas la lumbre ardiente de los grandes ojos del sol, sopló devastadoramente y atizó con sus brazos ennegrecidos hasta dejar — encendida y llameante y como una enorme ascua de hierro atormentado— toda la forja abrasada por un incendio.

Todo hierve, caldea y se derrite dentro de la fragua. El yunque —iluminado y mordido por el resplandor de la hoguera— parece alargarse en busca del aliento fresco que baja de la montaña. El hierro —negro aún por el beso de la tierra y áspero y rugoso— parece sentir que se aproxima el momento en que, estrujado y herido hasta en sus entrañas, se limpiará y quedará terso y sonoro como una espada. El martillo descansa silencioso y se reclina perezosamente sobre el yunque mientras lo arrebata —en un éxtasis de batalla y de fuerza— la mano dura que lo echará sobre los bloques encendidos que harán estremecer la forja entera con sus gritos penetrantes de rebeldía.

El forjador allí está: nudosos y gruesos sus dos brazos como las raigambres destrenzadas que se desdoblan y se retuercen a lo largo de las rocas; recias las dos manos como hechas para quebrar las aristas endurecidas del granito; su cuerpo alto, derecho y altivo, como roble nacido bajo el soplo de la tormenta; su frente clara y limpia —casi radiante— como un vago resplandor de lejanía iluminada por la llamarada distante del porvenir; su cabeza echada hacia atrás con un gesto de conciencia firme y profunda de la propia fuerza y del propio destino. Y él, todo entero con los brazos echados hacia abajo y de pie en medio del oleaje enrojecido de la fragua y transfigurado por el incendio, como árbol secular, recio y solitario, erguido sobre la llanura desnuda y escueta bajo el oro encendido del amanecer. Por allí —por esa fragua— han pasado para caer en el crisol hirviente en donde se derriten y se baten valores y destinos, todas las generaciones. De allí también, en medio del estrépito ensordecedor levantado por las gruesas

herramientas, angustiadas por el fuego y por el hierro, han salido y salen todos los días las vainas y las espadas de todos los capitanes; las plumas victoriosas de los caudillos del pensamiento y de la palabra; las personalidades que dicen el grito que pone en marcha a las multitudes; los caracteres que concentran el polvo disperso de brazos y voluntades para poblar el desierto y el mar con flotas y caravanas, y las manos que desdoblan el nudo de todas las vidas para dejar abierto el libro inmenso de la historia. Por allí, en fin, pasa todos los días el porvenir del mundo para remozar cuerpo y espíritu, para reclutar sus abanderados, para armar sus carabelas, y para ungir ojos y frentes con el óleo sagrado del ensueño y de la esperanza y para seguir su marcha —el día siguiente, antes de que caiga la última estrella— hacia las distancias imprecisas y remotas que parecen hacer señales a todos los viajeros para que sigan su jornada. Extraño taller es ése, donde se oye el martilleo resonante, infatigable, que estruja, y hiere el hierro vivo —carne y espíritu— de la vida de cada hombre, del destino de cada pueblo, de la suerte de cada raza y de la fisonomía de cada Patria. Extraño forjador es ése que abre y cierra el puño de su mano gruesa y encallecida en derredor del mango del martillo, y que —en medio del acento armonioso y triunfal del yunque estremecido que canta y que solloza— hace el milagro de echar en su hornaza los despojos de todas las vidas —que han llegado a ser el botín de la muerte— y de rehacer las vanguardias del pensamiento, de la conquista y de la acción, diezmadas por el cansancio y por el tiempo.

¿Quién ha abierto esa forja que llamea por dentro y por fuera y que nada ni nadie ha logrado apagar? ¿Qué boca sopla, con soplo abrasador, para que el hierro arda perpetuamente y se ablande bajo el golpe del martillo? La vida es la mano infatigable que abre todos los días esa fragua encendida por el resplandor enrojecido del incendio. ¿Dónde ha abierto y abre todos los días la vida ese taller que limpia y renueva el porvenir del mundo? En la mitad del corazón del hombre. En la mitad del espíritu y de la carne, en la hora ardiente de la juventud, en el instante candente como las entrañas del sol, en que sangre, nervios, corazón, pensamiento y voluntad han caído en una inmersión de sangre y de luz. ¿Quién es ese forjador que tiene apretado su puño en el mango del martillo y que se embriaga en la música salvaje y sonora de su forja y tiene abiertos inmensamente los ojos hacia la línea distante de la lejanía? Es la misma juventud. Porque la juventud es a un mismo tiempo la forja abierta todos los días por la mano incansable de la vida y el forjador que recibe yunques, martillos y fuego para hacer su trabajo perpetuo de remozar el mundo.

La juventud es el momento de la plasticidad del espíritu y del cuerpo. Es decir, es el instante en que cada uno debe moldearse, en que cada uno debe nacerse, en que cada uno debe encontrar los rasgos definitivos de su propia fisonomía. Porque nadie nace totalmente hecho ni del espíritu ni del cuerpo. Nacemos a medio hacer. Y todo el trabajo de nuestros días: el que se realiza en los oscuros subterráneos por donde marcha la sangre de nuestras arterias y en las vías profundas de nuestro pensamiento y de nuestra conciencia, y el que hacemos sudorosos y jadeantes bajo el sol, desde que amanece hasta que baja la noche, van y deben ir en derechura hacia esta suprema finalidad: acabarnos de hacer.

No solamente nosotros —los hombres— nacemos a medio hacer; todo lo creado se halla en un estado de perpetuo y sangriento alumbramiento. La estrella marcha callada y pensativa hacia una playa remota donde acabará su obra; la tierra lleva signos de insomnio en vertiginoso voltear sobre su propio eje y seguirá con los ojos abiertos ante el sol de todos los días y ante las estrellas de todas las noches, hasta terminar su obra. El barro padece también las angustias del alumbramiento; solamente por esto es posible que sobre su masa oscurecida y plebeya, pase alguna vez el centelleo instantáneo y rápido —como relámpago— del sueño del hombre. Y el hombre —sobre todo el hombre— lleva clavados todos los garfios implacables y afilados de fuertes y múltiples alumbramientos. Su carne se estremece minuto a minuto y a cada oleaje de sangre, se rasga y se angustia para hacer su trabajo incesante de vivir; su espíritu se retuerce y se fatiga en medio de una inquietud nunca extinguida porque allí es donde se han juntado —en conjuración inacabable para atormentar y hacer beber el vino de las alturas, como las brujas de uno de los libros de Shakespeare— todos los insomnios de todos los alumbramientos y todas las ansias del pensamiento, de la inspiración y del propio destino. Todo el vértigo de todos los insomnios de esos alumbramientos, había caído sobre la frente de Edgard Quinet cuando dijo estas palabras que anuncian un desenterramiento hecho dentro de nosotros mismos y que supera a la sorpresa de Colón, el descubridor: "en cada uno de nosotros duerme un Fidias". Es decir, enterrado en el barro oscuro de nuestra carne y en la sustancia informe de nuestro espíritu, llevamos todos al artista supremo que debe volver sobre sí mismo para hacer la escultura viva y palpitante del hombre.

La inquietud —cual ave nocturna— va sobre nuestra cabeza como una interrogación y nos sigue con sus alas abiertas a todas partes. Esa inquietud nos hace marchar constantemente. Y tiene su raíz profunda y oculta en nuestro destino que no es otro que acabarnos de hacer.

Es verdad que no son tan pocos los que alzan desdeñosamente sus hombros, ante las frecuentes interrogaciones de esa inquietud y que se han esforzado y se empeñan en ser más altivos que los insomnios de los alumbramientos que se han clavado en las entrañas del espíritu; pero también es cierto que todos los que no han querido detenerse ni un momento, delante de la honda inquietud que en cada hombre es un llamamiento a acabar de hacer la propia personalidad, están allí —en el borde de todos los caminos— con los ojos apagados y los brazos truncos, —como la célebre Venus de Milo— en espera inútil de que una mano encienda los párpados llenos de sombra y complete la escultura mutilada. Y allí seguirán perpetuamente esculturas, bocetos, sombras confusas de hombres apenas perfilados, mientras cierren sus dos oídos al grito interior que nos sigue desde nuestro nacimiento, y que todavía —en el instante postrero— hará un último esfuerzo por estremecemos con su inquietud.

Pero ese grito que todos los días nos pone en marcha y que no se apaga y va con nosotros a todas partes, es solamente un vago rumor en los días rubios de los primeros años de la vida. Es como un canto sereno de victoria sobre la cabeza de los hombres adultos y pasa por encima de las canas y de los ojos de los viejos, como un salmo lento y entristecido que viene de los barcos rotos y desmantelados y de los trigales secos y entumecidos. Y ese mismo grito del día corto, abrasador y centelleante de la juventud, es un estrepitoso y ensordecedor golpe de brazos y de herramientas; es un jadeo largo y afanoso de forjadores; es un rugido de pelea del hierro fuerte y endurecido contra el hierro quemado y hecho ascua; es un diálogo vertiginoso, atropella do, enconado, casi sangriento en que se gritan —hasta aturdir, hasta arrojar lumbre— el bloque ennegrecido del martillo y la masa tersa del yunque tembloroso de coraje y de alumbramiento.

Y el día de la juventud es también el día en que todo: martillos y yunques, hierro y brazos, pensamiento y corazón, hierven, arden, se derriten y ofrecen el límite máximo de su plasticidad. De allí —de ese bloque de hierro que acaba de encender la mano abrasada de la juventud— pueden hacerse vainas y espadas, escudos y corazas, plumas y moldes para vaciar hombres; de allí pueden salir maestros y artistas, pilotos y remeros, fundadores de dinastías y artífices de pueblos. De allí puede salir, sale todos los días, saldrá siempre todo el porvenir. Y de allí han intentado e intentan sacarlo todos los grandes modeladores de hombres y de patrias. “Ve a la forja acabada de encender —le dicen al oído al mozo de quince años el filósofo, el artesano, el estadista y el guerrero— y apresúrate a golpear el hierro hecho ascua de tu propio pensamiento, de tu palabra, de tu voluntad y de

tus brazos, porque la juventud solamente dura un día y al atardecer, las manos se cansan, los martillos necesitan reposo, el fuego de la hornaza comienza a ser rescoldo impotente y el hierro —apagado y frío— se defiende y triunfa de todas las herramientas”.

Y es que la juventud es el día propicio de la plasticidad humana y el día en que pensamiento, inspiración, voluntad, palabra, brazos, esperanza, ensueño, arrojo y vitalidad se juntan en hirviente tumulto para colaborar en la grande e inaplazable empresa de acabar de hacer la propia personalidad. Después, cuando las lejanías comienzan a apagarse, cuando el ensueño languidece, cuando el pensamiento hace palidecer —como en Hamlet— las grandes resoluciones, cuando se amortigua y agoniza la corriente encendida de la sangre nueva y llena de efervescencia, cuando solamente se llega a ser un desierto inmenso de ceniza donde han quedado sepultadas las audacias y las ansias de conquista y de batalla, nuestro brazo se fatigará en vano en alzar y dejar caer el martillo y reñir con el hierro sobre la superficie tersa y apagada del yunque.

Encontrarse ante la fragua abierta de la propia juventud y volverle la espalda desdeñosamente y quedar con los brazos caídos en persistente actitud de inercia y de inacción, es echarse en el abismo de una pérdida totalmente irreparable.

Ante el grito sonoro de los yunques de la fragua abierta de la juventud hay que detenerse, buscar las puertas —que deben encontrarse abiertas de par en par— y, sin titubeos, sin tregua y sin aplazamientos inútiles y peligrosos, hay que penetrar y ponerse delante de las herramientas y entregarse a hacer el trabajo alto y noble, inmediato e irremplazable de acabar en nosotros la obra empezada en nuestro nacimiento, continuada insensiblemente por la vida, y que nosotros debemos coronar con el sudor de nuestro rostro y el esfuerzo de nuestro pensamiento y nuestro brazo.

Porque no basta que la forja haya sido abierta y que la mano de la vida haya arrojado hacia adentro, puñados de raigambres secas, y haya echado sobre ellas totalmente la lumbre del incendio.

En medio de la forja debe alzar su cuerpo recio y altivo el forjador. Y en esa forja no hay, no puede haber otro forjador que la misma juventud. Y en vano se esperará la llegada de otro forjador extraño, la aparición de un obrero que le ahorre a la juventud la fatiga de ennegrecer sus manos con el carbón y de encallecerías con el martillo y estrujarlas con las herramientas. Todo esto será inútil. Porque la obra de acabar de hacer la propia personalidad, nadie debe ni puede hacerla más que nosotros mismos. Verdad es

ésta olvidada con mucha frecuencia y que, con todo, es la clave única, el secreto de la realización plena de nuestro destino. Cabrá esperar que de fuera vengan y se acerquen fuerzas extrañas a colaborar y a hacer el papel de factores auxiliares. Y desde este punto de vista, claro está que es indispensable que el ambiente, que el medio, que la escuela, que el maestro, en fin, que todas las fuerzas despertadoras, se den cita en derredor de nosotros para apoyarnos y para sostenemos y orientarnos en la difícil y ruda tarea de acabar de hacer nuestra propia escultura viviente. Pero mientras no se tenga conciencia clara y bien definida de que el personaje central del drama intenso y fecundo de la propia formación, tiene que ser, debe ser la misma juventud, nunca será posible siquiera, la empresa de acabar la obra de la propia personalidad.

La inconsciencia que se padece acerca de las propias responsabilidades, en orden al trabajo personal, ha hecho y hace que todos los días se tropiece con una multitud de individualidades que han querido quedarse en irreductible actitud de meros espectadores, delante del inmenso drama humano. Juan Papini —en *Lo Trágico Cotidiano*— ha sabido precisar toda esa permanente indecisión de los espíritus ciegos que ignoran que su destino se encuentra en sus propias manos y que ellos y nadie más tienen que realizarlo. En esa página de ese fuerte y atrevido escritor italiano, todos los hombres padecemos una tragedia diminuta, recóndita y oscura que consiste en que nuestra alma —siempre con las alas abiertas como pájaro que busca las alturas— intenta echarse en el viento y emprender un vuelo lleno de audacia y de peligros; pero cuando llega el momento de arrojarse en el espacio, dejamos a nuestra alma con las alas abiertas para repetir cada día que pasa, la misma tragedia y quedamos siempre en la orilla, en tanto que muchas barcas se dan a la vela y se pierden en el océano de los destinos.

Esa tragedia está muy lejos de ser extraña a nuestra época. Podría decirse que cada hombre que pasa, lleva teñidas sus manos y su frente con la sangre de esa tragedia. Y si todos los días desfilan delante de nosotros personalidades enfermizas, anémicas, que se arrastran, que apenas se atreven a enderezarse delante de las interrogaciones de la vida, la explicación no hay que buscarla más que en la dolorosa y profunda inconsciencia que se ha padecido y que se padece acerca de esta verdad: el personaje central en la forja abierta de la juventud, debe ser la misma juventud. En otros términos, la juventud debe ser, en su propia fragua abierta por la mano pródiga de la vida, su propio forjador.

Ni puede, ni podrá ser de otra manera. Porque, ¿quién si no la juventud lleva la alforja llena de canciones y de bríos para empezar la tarea desde el amanecer, para continuarla bajo el sol de mediodía, para seguir arrancando estremecimientos a su propio yunque y cerrarle los ojos a la tarde siempre con la fiebre del insomnio en los propios párpados, para comenzar al día siguiente a decir el nuevo canto del hierro que se limpia, se endurece y se hace empuñadura para los combates del porvenir? ¿Qué forjador —que no sea la misma juventud— no habrá despertado ya del largo sueño y de la ardiente y honda ebriedad de ilusión y no habrá sentido ya el ansia de descanso y de entregar las herramientas al polvo y al silencio?

Forja encendida, y que arde por dentro y por fuera, es la propia juventud. Forja que significa el grado máximo de plasticidad de cuerpo y espíritu; momento de fuerza y de ensueño que debe ser agotado ansiosamente, ávidamente, para acabar de hacer la propia personalidad. Pero si el forjador no hace otra cosa que ver, con los brazos cruzados, yunques y martillos y se limita a ser un simple espectador, porque lleva encorvadas las espaldas bajo la carga de los años, y sus manos y sus brazos magullados por la fatiga, todo el resplandor de la fragua se apagará sin que se haya oído siquiera uno solo de los gritos que anuncian la batalla, pero que anuncian también la presencia de un verdadero forjador. Esperar la llegada de otro obrero, de otro forjador, es huir de las propias responsabilidades y es echarse en el abismo del fracaso. La aparición —en esta época de crisis y de bancarrotas— de personalidades que acusan un largo trabajo de preparación y que se hacen el centro de gravitación de los acontecimientos y de los destinos, es saludada con un movimiento inusitado de estupor y asombro. Y mientras se rinde homenaje entusiasta a los caracteres hechos de una pieza, moldeados en vasijas de hierro, se tiene el vago deseo de aproximarse siquiera a esas montañas; pero, en todo caso, se abriga la lejana e imprecisa esperanza de que la musculatura del espíritu se distienda, se afirme, se robustezca, en virtud de un conjuro, de un trabajo de magia cuyo proceso se ignora y que de la noche a la mañana habrá realizado el prodigio de hacemos tocar con nuestros hombros los hombros de las personalidades altas y fuertes.

Pero el prodigio no se realiza ni se realizará jamás. Los bloques de mármol que inmortalizó con sus manos de inspirado Miguel Ángel, ásperos, rugosos y toscos se habrían quedado si el artista no los hubiere herido reciamente con su pensamiento y con sus herramientas. El bloque oscuro, informe y borroso de nuestra personalidad, oscuro, borroso e informe se quedará mientras no sepamos ni queramos volvemos hacia él y — en un

largo, inmenso e inquietante insomnio de rudo e infatigable trabajo— no descarguemos nuestros puños para rendir y doblegar resistencias, para limpiar las asperezas y para echarnos una, dos, cien veces en el crisol encendido, ponernos en el yunque, martillar sin lástima, volvernos a poner allí hasta que hayamos hecho crecer nuestra estatura y hayamos robustecido brazos y voluntad.

Y es que la propia personalidad solamente se acaba de hacer, solamente se completa, solamente crece y alcanza a tener la estatura que le corresponde, cuando nosotros directamente, personalmente ponemos nuestras manos y nuestros esfuerzos sobre la masa entera de nuestras energías. Ha habido siempre un mercado abierto donde todos podemos adquirir joyas preciosas y artículos insuperablemente hermosos y útiles. De esta manera ha sido y es posible cubrir nuestra desnudez, saciar nuestra hambre, aliviar nuestra sed y ostentar en nuestro cuerpo trajes ricos y deslumbrantes. Sin embargo, no hay, ni ha habido, ni habrá jamás un mercado donde sea posible comprar los atributos esenciales y característicos de las personalidades bien fundidas, hechas de una sola pieza y que han alcanzado la plenitud de su desarrollo. Podremos comprar en el mercado un libro que abra delante de nuestros ojos, rutas inesperadas y llenas de luz y que nos enseñe métodos y procedimientos para completar la propia personalidad y dar a nuestro cuerpo y a nuestro espíritu la rotundidad total de una obra acabada. Pero las fórmulas y las recetas y los métodos de formación no son suficientes; es necesario ante todo estar dispuestos a hundir las propias manos en nuestra carne y en la sustancia de nuestro espíritu para amasar el barro, para estrujarlo, si es necesario implacablemente hasta el desangramiento, hasta padecer desmayos; de otra suerte los programas y sus libros y sus fórmulas, nunca llegarán a ser parte integrante de la sustancia de nuestro ser ni habrán podido tocar siquiera la superficie de nuestra alma. Ni el carácter —atributo esencial de las fuertes personalidades—, ni la orientación del espíritu, ni la virtud, ni la santidad, ni nada de todo lo que sirve para darle el toque definitivo a la obra de hacernos totalmente, se compra en ningún mercado. Todo eso lo hace, lo tiene que hacer, lo debe hacer el forjador que todos llevamos dentro de nosotros mismos. Y todo eso que no se compra ni se puede comprar, tampoco se puede recibir de la prodigalidad de los filósofos ni de los maestros. Porque nadie puede trasfundir el propio carácter ni los rasgos salientes de su personalidad por más que se sienta dominado por un afán inmenso de dar y darse a los demás. Podrá dar su capa y quizá hasta su mano, como el Cid de los versos resonantes de Rubén Darío; pero no puede ni podrá dar jamás su santidad, su virtud, su

bondad, su firmeza de carácter. Cuando mucho podrá ser un impulsor más o menos eficaz con su palabra, con su vida y con su ejemplo. Pero si no se pone debajo de esto y como piedra angular de la personalidad, el encarnizamiento de las propias manos, de las propias herramientas, del propio corazón y del propio pensamiento, de los propios brazos, todo quedará comenzado. Nada tocará los límites del perfeccionamiento entero y total de la propia y viva escultura de nuestra personalidad.

El oro se compra o se percibe de la prodigalidad de los ricos. Puede también ser arrebatado y poseído por los ladrones y por los piratas. Y sin más esfuerzo que extender la mano, unas veces para pagar o para recibir y en otras ocasiones sin más trabajo que saquear las arcas de los poderosos, se puede cubrir la propia desnudez con telas deslumbradoras. Pero no hay, ni ha habido, ni habrá nunca piratas que, sentados sobre un palo de su navío, arrebaten la santidad, la virtud, el carácter entero y fuerte y los demás atributos de las personalidades completas, a las flotas de las vidas humanas que llevan el inapreciable y opulento tesoro que han hecho y han amasado con su sangre y con el sudor de su frente.

En orden a acabamos de hacer, no se tiene ni se puede tener más que lo que se hace y se amasa con las propias fatigas, con los propios desangramientos y con los propios esfuerzos. En nada como en esto, es una verdad alta y fuerte el principio de que cada uno es hijo de sus obras. Y en nada como en esto, es verdad que cada uno es lo que quiere y lo que ha querido ser. ¿Se ha querido y se quiere ser una escultura cabal, con los ojos grandemente abiertos hacia la línea del porvenir, con el pie firmemente hundido en el cimiento de una voluntad irreducible e indomable, con los brazos tendidos hacia todas las batallas, y se ha querido estrujar carne y sangre, pensamiento y palabra, espíritu y corazón dentro de la forja llameante para no dejar apagar la lumbre que chispea sobre el yunque? Eso se tendrá: una alta y recia escultura viviente que, por haber despertado al Fidias que duerme en cada uno de nosotros, llegará a ser la admiración de todos y que ostentará en sus brazos largos y desnudos, toda la rotundidad de los bloques golpeados por Miguel Ángel, pero al mismo tiempo todas las hondas cicatrices que dejó cuando mordió desesperadamente, sangrientamente, la mano del escultor.

¿Se quiere ser solamente un boceto informe, un trazo borroso sin consistencia, una personalidad enclenque, enferma de anemia, roída por la miseria propia y por la miseria de los demás? Pues habrá que cruzarse de brazos, permanecer en espera del forjador que nunca llegará, del obrero

que debe salir de nosotros mismos y que nunca saldrá porque no hemos querido ni sospechar siquiera nuestra personalidad.

Más de alguna vez ha sucedido que nos hallamos en presencia de personalidades de una rotundidad como de montaña, porque han logrado ganarse renombre de altos y respetables valores. Sin embargo, llega a suceder que apenas llega el día de la prueba, en los momentos de crisis arrasadoras y entonces se descoyuntan —como esqueletos de piedra mal ensamblados— aquellas inmensas moles que habían sido consagradas. ¿Qué ha pasado? Asegura un insigne historiador, que cuando se representaba un drama en Atenas, en presencia de Arístides, uno de los actores tuvo que decir estas palabras: “el justo debe serlo, no solamente parecerlo”. Y las miradas de todos los espectadores se volvieron instintivamente a Arístides que era tenido entre los atenienses como un gran justo. De igual manera no basta ostentar las apariencias de una personalidad plena y cabal; no basta ser una fachada. Es preciso que debajo de los rasgos de la propia fisonomía y de la escultura puramente exterior, haya musculatura firme y recia de espíritu, donde descanse toda entera la propia personalidad. Y solamente fachadas, apariencias frágiles que se romperán en el comienzo de los terremotos se llegarán a tener, si no se ha hecho —martillo en mano y dentro de la propia fragua— el trabajo de moldearse y de forjarse a sí mismo.

La juventud debe ser, necesita ser forja encendida que grita por dentro y por fuera en los estremecimientos de sus yunques, y debe ser también —inevitablemente, esencialmente— el forjador que levanta sus dos puños para golpearse hasta sacar del bloque oscuro de su propio hierro, la empuñadura y la hoja de su propia espada.

Peer Gynt —personaje central de uno de los más atormentadores libros de Ibsen— toca los linderos de la juventud, alza en su mano la copa rebosante de la vida y comienza a beber. Sale de sí mismo con un ansia irresistible y devoradora. Se entrega a todos los arrebatos y a todos los éxtasis en presencia de las cosas de fuera y deja —olvidada, caída y bajo el polvo y el silencio de la fragua interior— la escultura que la mano de la vida había comenzado a hacer en él. Marchó vertiginosamente detrás de todos los vértigos. Ahogó —con sus manos apretadas sobre su pensamiento y su corazón— el grito penetrante del forjador que llama todos los días a nuestras puertas para quemar sus brazos, golpear el yunque y ennegrecerse de arriba a abajo con el aliento de la fragua. Y entretanto los carbones encendidos perdían poco a poco la lumbre de sus entrañas; las herramientas

se enmohecían; los martillos dormían largamente y se apagaba el resplandor rojizo de la forja.

Comenzó a atardecer. Y Peer Gynt —viva imagen del pródigo del Evangelio— seguía su marcha arrebatada y vertiginosa fuera de sí mismo, lejos de sí mismo, más allá de su pensamiento, de su corazón y de su personalidad. La fragua se apagó. Y había comenzado a anochecer. Bajó la noche sobre el espíritu de Peer Gynt como un alud que se precipita de la montaña. Y entonces, bajo el silencio y la soledad de la noche, Peer Gynt moderó el paso, sintió que su frente arrugada y marchita se inclinaba blanda y fatigosamente; le pareció que llevaba la cabeza coronada de cabellos blancos, que su cuerpo temblaba ligeramente con su propio peso. Como Gustavo Adolfo Bécquer, el radiante bardo de las rimas, pudo decir: "en aquella noche envejecí".

Había envejecido. Era la noche del alma la que había tocado a sus puertas. Todo se había apagado. Y, extraviado caminante que buscaba el rescoldo del viejo hogar, no encontró dentro de sí mismo más que el largo sueño de los martillos, la inquietud inalterable del yunque cargado de polvo y olvido de la hornaza apagada y repleta de cenizas.

Continuaba lenta y tristemente —empobrecido, saqueado de alma y cuerpo por el vértigo de la huida de sí mismo —su viaje de regreso, cuando en un recodo del camino se presenta un viejo artesano que es un fundidor y que —como el Maestro en las páginas del Evangelio— viene a decir sobre el ramaje deshojado de la higuera seca su última palabra. El fundidor le pregunta su nombre al viajero. El viajero dice llamarse Peer Gynt. Y entonces el fundidor le asegura que viene enviado por el Hacedor de todo a tomar la vida de Peer Gynt —envejecida, empobrecida, estéril e inútil— para echarla en su caldera como una moneda gastada, roída y sin valor. Y eso —una moneda roída, carcomida, arruinada— había venido a ser toda la vida de Peer Gynt que, en medio del vértigo que lo arrebató durante el día de su juventud, huyó de sí mismo, marchó, desaforadamente, más allá de su propio corazón y de su propio pensamiento y dejó apagar todas las raigambres secas, encendidas dentro de su fragua; se negó a ser el forjador de su taller y jamás quiso magullar cuerpo ni alma, pensamiento ni voluntad, en el yunque que le había sido entregado y con el martillo que extendía su mango largo y endurecido.

Y eso —monedas mordidas por el orín, devoradas hasta en sus entrañas por el derroche arrasador de una noche de orgía— son todas las vidas de los que no entraron a su fragua ni batieron ni moldearon hierro. Y todas

esas vidas saqueadas por dentro y por fuera deben ser amontonadas —como trastos rotos e inútiles— y arrojadas a la caldera donde el fundidor quema, derrite y angustia las monedas gastadas para hacer una moneda fuerte, sonora y de altos quilates. Peer Gynt es un torcedor que debe quedar clavado para siempre en la mitad de cada vida como un grito de escarmiento.

Y desde hoy la juventud debe penetrar en la forja que lleva abierta en sus propias entrañas. Y debe extender sus brazos gruesos y desnudos sobre el yunque; debe cerrar reciamente su mano en tomo del mango de su martillo; debe soplar ávidamente sobre el hierro encendido; debe hundirse hasta el cuello en la lumbre de la fragua y alzar su cuerpo ennegrecido en medio de la ruda y resonante sinfonía de sus herramientas. Y debe golpear, batir, quemar hasta el desgarramiento y herir con saña implacable, porque de allí, de esa forja que canta, que grita, que llamea por dentro y por fuera y que ha sido encendida por la mano de la vida en la hora encendida de la juventud, saldrá entera, alta y rotunda la personalidad del forjador; y de allí, de los bloques hechos ascuas que dicen gritos penetrantes de rebeldía, saldrán espadas y empuñaduras; moldes para vaciar hombres, caudillos y maestros; recias musculaturas de atletas que amasarán barro de multitudes. Y de allí sale, ha salido y saldrá siempre, remozado y rejuvenecido, el porvenir del mundo.

Forjador altivo y robusto de la fragua de la juventud: yo te saludo. Eres el forjador del porvenir del mundo.

## “TUS HERRAMIENTAS”

Arquímedes pedía un punto de apoyo para mover el mundo. Pero entre su mano y el punto de apoyo pretendía poner una palanca. Arquímedes habría podido mover con el débil esfuerzo de su brazo un guijarro, el tronco de un árbol o cualquier otro peso de poca importancia. Sin embargo, cuando quería concebir o imaginarse que su mano volteaba el mundo, pedía ansiosamente un punto de apoyo para hacer descansar sobre él la palanca. Porque la palanca centuplica el débil esfuerzo de la mano del hombre. Y siempre ha habido y habrá, una perpetua preocupación que hace que el hombre trabaje sin descanso por fabricar instrumentos que lo auxilien eficazmente en la realización de su pensamiento y de sus planes respecto a las cosas, a los acontecimientos, a los hombres y a los imperios.

Se dice que cuando Bonaparte —siendo todavía un hombre oscuro— contrajo matrimonio con Josefina, el funcionario público que intervino en aquel enlace se llenó de extrañeza al saber que aquella mujer deslumbradoramente bella y febrilmente cortejada iba a unir su suerte con un soldado sin fortuna. Y dominado por el asombro y sin saber que Napoleón se hallaba a muy poca distancia de allí y que podría oír, le dijo a la futura consorte, que aquel matrimonio era un disparate, dado que el pretendiente no tenía bienes. Poco después entró Bonaparte a la pieza donde se encontraba el funcionario público y cuando se procedió a escribir el acta de casamiento y se intentó decir que Napoleón no tenía bienes, Bonaparte —como sacudido bruscamente por un resorte— se enderezó ante el escribiente y le dijo con viveza y orgullo: “Escriba usted que tengo mi espada”. Y en lugar de que en el acta se hiciera constar la pobreza del que más tarde llegó a ser el Emperador de los franceses, fue necesario escribir estas palabras: “Tiene su espada”. Y, en efecto, Bonaparte, el día en que juntó su suerte con la de Josefina no tenía más que su espada. Pero no necesitaba ni necesitó más que su espada para abrirse paso hacia la gloria y hacia el poder y, apoyado en la empuñadura de su espada, vio la desbandada de los ejércitos de Europa y levantarse —con su arquitectura gigantesca— el imperio edificado sobre los escombros de la dinastía de Luis XVI. Lo que pa-

ra Arquímedes habrían sido la palanca y el punto de apoyo para voltear el mundo, fue la espada en manos de Bonaparte. Y aquel oficial de artillería que acababa de abandonar la escuela militar, hizo de su espada la palanca y el punto de apoyo para estremecer el viejo Continente y para arrojar —en el vértigo de sus batallas y de sus victorias— a los reyes y a las dinastías que encontró a su paso.

Lo que fue la espada en manos de Bonaparte han sido la pluma, el cincel, la paleta y el martillo en manos de los grandes artistas. Porque la fragilidad de la mano del hombre se rinde ante la resistencia que oponen las cosas, los hombres y los hechos. El mármol triunfa sin esfuerzo de los golpes que le da una mano desnuda. Y quien se atreve a herir pueblos, vicisitudes, acontecimientos y piedras con la carne de sus dedos no hace más que desangrarse inútilmente. Y todos los grandes pensamientos y los sueños altos de caudillos, de estadistas, de bardos, de pintores y de artífices de imperios, habrían quedado perdidos en la sombra si la mano de los inspirados y de los conquistadores no hubiera encontrado la pluma, la espada, el cincel y la paleta.

No podemos obrar de una manera seria, eficaz y decisiva ni sobre nosotros ni sobre los demás, si no tenemos más que nuestro pensamiento y nuestras manos desnudas. Al lado de cada pensamiento que se levanta, como una estrella, en las alturas de nuestro espíritu; al lado de cada sueño que se empina sobre nuestro corazón; al lado de cada empresa que se esboza en nuestro cerebro, deben hallarse la carabela del descubridor, el buril que puede morder reciamente la piedra y la espada que cortará el nudo de los destinos humanos. Entre el obrero y el bloque de fuerzas que intenta moldear deben encontrarse las herramientas. Y si el obrero pretende volverse sobre sí mismo, colocarse delante de su propia personalidad, delante del barro de su cuerpo y de la sustancia de su espíritu, para sacar de allí su escultura viva, es preciso también que entre el escultor de sí mismo y su propia personalidad aparezca y se encuentren las herramientas. No porque se trate de nuestra propia carne y de nuestro propio pensamiento podemos estar con las manos desnudas. Para trabajamos necesitamos herramientas, porque una locura imperdonable sería que intentáramos golpearnos —en medio del arrebato interior— sin un cincel, sin un martillo y con la carne frágil e inerme de nuestros dedos. Pero si hay herramientas para doblegar las asperezas del bloque de hierro o de mármol recientemente arrancados, ¿cuáles son las herramientas para trabajar sobre el espíritu y sobre las masas de fuerzas vivas de nuestra personalidad?

Habrá que colocar desde luego, entre las herramientas para moldear la propia personalidad, la dirección que —sobre el núcleo central de nuestra vida— debe hacer sentir la mirada segura de un maestro. La mirada —siempre abierta sobre nosotros— de un espíritu alto, experimentado y que haya logrado y sabido hacer de su propia vida una obra maestra, ha sido y será siempre el punto de arranque decisivo para ponemos en marcha con paso firme y seguro. Una sola vislumbre de la mirada de un alto y recio valor humano llega a ser un impulso que alienta y empuja permanentemente al escultor de sí mismo. Chateaubriand sintió todo el alcance despertador de la mirada de Jorge Washington, insigne fundador de ese inmenso país cuya prosperidad ha venido a ser un prodigio. "Washington —decía Chateaubriand— ha bajado a la tumba antes que un poco de ruido se hubiera unido a mis pasos; yo he pasado cerca de él como el ser más desconocido; él se hallaba en todo su apogeo; yo en toda mi oscuridad; puede ser que mi nombre no haya permanecido un solo día en su memoria. No obstante, he sentido la dicha de que sus miradas hayan caído sobre mí; me he animado con ello para el resto de mi vida. Existe una virtud hasta en la mirada de un grande hombre".

Y si una sola vislumbre de la mirada de una personalidad rotunda y fuerte puede mezclarse en la corriente de nuestros pensamientos y de nuestras energías, ¿cuánto valdrá estar siempre bajo sus ojos y hacerlo el piloto diestro de la nave de toda nuestra vida? Rehuir el encuentro y la dirección de un espíritu ennoblecido por un largo y tenaz trabajo de formación, es navegar sin brújula y exponerse al riesgo de fatigarse estérilmente y de no llegar jamás. Y es también derrochar en ensayos agotantes las reservas de nuestro espíritu y gastarlas en rectificaciones y en desastres que nunca lograremos reparar totalmente.

Claro está que no es tan fácil el encuentro directo y permanente de las personalidades de más alta significación; pero también es cierto que, por una parte, la lectura de semblanzas históricas puede suplir la presencia real de los grandes hombres; y por otra parte no es necesario que se tenga el contacto de personalidades de talla insuperable, pues lo fundamental, es ponerse bajo la mirada de un espíritu que pueda servimos de guía, de orientación y de impulso motor. Así podremos formular con acierto un programa completo de vida y aprovechar todas nuestras fuerzas y evitar el escollo de las marchas y de las contramarchas.

El libro es otra de las herramientas para moldear el espíritu. Se ha escrito ya mucho acerca de este punto. Sin embargo aun no se tiene una no-

ción suficientemente clara acerca del valor del libro como fuerza despertadora. Porque son muy pocos los que saben que el libro es el aceite sagrado que es preciso poner todos los días en la lámpara de nuestra vida, para mantener siempre encendido el ideal. Y más pocos son aún los que saben que el libro pone instantáneamente alas a nuestro pensamiento y a nuestro corazón y nos arroja —a través del vértigo interior— a la conquista de lo alto, de lo inaccesible.

En el ejército de Napoleón se hizo célebre el General Druot, altamente estimado por el Emperador. Y el general Druot no fue —en sus primeros años— más que el hijo de un panadero. ¿Cómo subió del polvo oscuro de la panadería de su padre a ser un guerrero distinguido en los cuadros del Gran Ejército? Con un libro. Leía —a la luz débil y raquítica de una candela— hasta altas horas de la noche, y, cuando se extinguía la llama que lo alumbraba, se tendía delante del resplandor rojizo del horno y allí caldeaba cuerpo y espíritu en las páginas de Tito Livio. Y de allí —como águila recién emplumada y con las alas tendidas— se levantó para ir a graznar sobre la mano que estrujó espadas y cetros de reyes.

Abraham Lincoln no era más que un olvidado leñador. No había conocido más herramienta que su hacha. Cortaba troncos de encina para vivir. Pero juntamente con su hacha, pudo tener a su alcance una herramienta para trabajar el espíritu. Y leyó. Al día siguiente sintió como que un gran pájaro pasaba por encima de su cabeza revuelta de leñador y de allí se levantó para ser Presidente de su país. Más tarde ha podido decirse que Lincoln procede todo entero de la Biblia, de la Vida de Jorge Washington y de Los Comentarios a las Leyes Inglesas de Blackstone. Y se ha dicho una verdad. Porque del libro procede —todo entero— el que se alumbra y se forma en sus páginas. Porque un verdadero autor de libros no propende a otra cosa que a reproducir su libro en las páginas palpitantes hechas de carne, de sangre y de espíritu, de muchas vidas, ya que, en medio de nuevos y angustiosos alumbramientos, cada vida escribe —página a página— sobre la realidad misma, los pensamientos que el autor del libro dejó encendidos con la llamarada de su palabra en el pergamino.

Schiller —insigne bardo alemán— escribió su drama “Los Bandidos” inspirado en una escena de “Los dos Hidalgos de Verona” de Shakespeare. La obra de Schiller fue representada en un teatro de su patria, y el arrebato producido en los espectadores hizo que, al día siguiente, muchos jóvenes de Berlín se marcharan a los bosques a imitar a los bandidos del drama del poeta alemán. Cada uno de aquellos muchachos iba a buscar las selvas pa-

ra repetir, letra a letra y con su propia vida y en páginas de carne y de sangre, los pensamientos de Schiller. Y esto: hacer que las demás vidas hagan de nuevo el libro es lo que han conseguido y desean los verdaderos artífices de libros. Y por esto el libro es el factor de alcance más hondo y de significación más decisiva para moldear personalidades.

Se debe buscar, pues, el libro con sed abrasadora y se le debe escoger, porque de saberlo escoger, depende que descendamos o que echemos hacia arriba la totalidad de nuestro ser y nos embriaguemos con el vino de las cumbres. Y después de haber encontrado el libro, debemos abrir sus páginas todos los días, porque en él hallaremos siempre aceite sagrado para mantener encendida nuestra lámpara de viajeros; en él hallaremos siempre estímulos para subir los flancos de la montaña y en él, por último, encontrará nuestro pensamiento horizonte y esperanza, aun para darle vuelta a la última página de nuestra vida. Josué Boris fue grande inspirado. Sus estrofas resonantes e iluminadas lo colocaron a la altura de los bardos más salientes de Italia. De pronto se entregó a las orgías desenfrenadas de la blasfemia y de la lujuria. Y sus versos no eran más que cantos por donde maldecía Satanás y por donde resoplaba la más bestial de las pasiones. Un día leyó “La Divina Comedia” de Dante. Y, entregado a partir de esa fecha a un trabajo serio de reflexión, se volvió a Dios. Poco después estalló la última guerra europea. Borsi marchó a las trincheras al frente de un grupo de ejército. Arengaba ardientemente a sus tropas, cuando una bala enemiga lo derribó muerto. Sus compañeros de armas se inclinaron sobre su cadáver para recoger las cosas de Borsi. Y entonces — junto, muy cerca de su corazón— encontraron un ejemplar de “La Divina Comedia” mojado todavía en sangre. Y este libro es el principal recuerdo que le fue enviado a la madre del bardo desaparecido. Pero aquel libro había puesto aceite sagrado en la lámpara del viajero, lo había alentado frente a las banderas enemigas y le ayudó a voltear la última página de su vida. Todo podrá faltar entre las herramientas de los obreros que se dan a trabajar sobre sí mismos. El libro no debe faltar jamás.

La meditación es otra de las herramientas del forjador de sí mismo. Este pensamiento puede sorprender y, quizá, hasta hacer reír a los que piensan que la meditación, es solamente para los monjes y para los ermitaños. Sin embargo, a pesar de lo que se piense, es preciso colocar la meditación entre los recursos más poderosos de formación personal. Mauricio Barres, insigne escritor que fue leído por la juventud francesa más que Anatole France y que arrebató con su pensamiento y con su estilo a muchos espíritus de la presente generación, era un ferviente admirador de San

Ignacio de Loyola, a quien coloca entre los más altos psicólogos. Y, aparte de haber sido un entusiasta admirador de San Ignacio de Loyola, proclamó el sistema de la meditación en su libro intitulado “El Culto del yo”, como uno de los medios más eficaces para plasmar la propia personalidad. Mauricio Barres —con gran profundidad y con sobrada razón— enseña que la raíz de la eficacia que tiene la meditación se encuentra en el hecho incontestable de que toda palabra que decimos obra sobre los demás; pero de rechazo — y con un rechazo insensible, pero irresistible y poderoso— obra sobre nosotros mismos. De aquí que las palabras que todos los días nos decimos a nosotros mismos o le decimos a los demás se vuelven sobre nosotros, clavan su significado, nos inyectan su contenido y nos hacen bajar o subir según que sean alas para subir o lastres para precipitarse y caer. Y si no solamente nos limitamos a decir —con más o menos disipación— nuestra palabra, sino que nos reconcentramos para ponemos delante de nosotros mismos y en presencia de ciertas verdades centrales y con un recio y fuerte encarnizamiento, pronunciamos, repetimos y volvemos a repetimos encendidas palabras que estrujan y moldean nuestro espíritu, que trabajan como las manos del alfarero sobre el barro dócil y humedecido y dejan las huellas de su paso ensangrentado, se realizará en nosotros una transformación profunda que nos hará ir en el mismo sentido de los pensamientos y de las verdades que se hallan delante de nosotros.

Bajo el influjo de la meditación nace un arranque de fuerte e intenso convencimiento, que arroja al espíritu hacia rumbos bien definidos y encuentra nuestra voluntad una dirección permanente, que se traduce en fijeza para las corrientes de nuestra vida y en persistencia inalterable de nuestras actitudes en presencia de todas las tormentas y de todos los cambios. En medio del trabajo encarnizado que realizamos, para fijar la mirada de nuestro espíritu en un pensamiento determinado, en movemos, aunque sea interiormente, hacia él y en traducirlo en una fórmula práctica para nuestros viajes de todos los días, germinan y se afianzan las raíces de la propia personalidad y del carácter. Vivamente confiados en el poder de las palabras que decimos y sobre todo en el alcance renovador de las palabras que nos decimos a nosotros mismos —durante el encendimiento de nuestro trabajo interior— hundámonos en el recogimiento de nosotros mismos y pongámonos bajo el peso transformador de nuestras propias palabras.

La amistad es otra de las herramientas para obrar sobre el espíritu. La amistad ha sido inmortalizada por la inspiración de muchos poetas. Homero hace de la amistar de Aquiles y de Patroclo el nudo central de la Ilíada. Y todo marcha o se detiene en tomo de esos dos guerreros que se encontra-

ron un día y quisieron juntar —con ataduras más fuertes que la sangre— su suerte y sus destinos. La amistad, —puesto que es amor— es una fuerza viva que se traduce siempre en un reflujo constante de ideas, de sentimientos y de actitudes. Y ese reflujo completa y transforma todos los días nuestra personalidad.

Un crítico insigne ha hecho notar que Schiller y Goethe —los poetas más altos de su siglo— se habían visto por espacio de algún tiempo con una marcada aversión. Pero un día se encontraron cara a cara y anudaron sus almas con los vínculos de la amistad. Y a partir de entonces, las obras de estos dos artífices de versos recibieron el reflujo de la amistad. Y la crítica ha podido afirmar que los dos poetas se completaron y que la estructura de sus obras fue más rotunda y cabal.

La amistad se traduce siempre en una dádiva recíproca. Damos y recibimos. Al dar fortalecemos a los demás, al recibir reforzamos nuestra propia personalidad. El solitario tendrá que ser en todo tiempo una personalidad incompleta. Porque no solamente necesitamos de los demás para cubrir nuestra desnudez y para guarecernos de la intemperie. Muchos de los rasgos salientes de nuestra fisonomía moral tienen que ser trazados sobre nosotros cuando —puestos en el ancho respiradero de todas las almas— hayamos encontrado el aliento de los que podrán, sobre todo por su semejanza con nosotros, poner los trazos que nosotros jamás podríamos sospechar.

La amistad es un aliento espiritual irremplazable. El afecto de la sangre fortalece y alienta. Pero no siempre hay en lo recóndito de las almas el imán misterioso que junta la suerte y los pensamientos de los que llegan a ser amigos. El afecto de la amistad, espontáneo, sincero, franco e intensamente cordial, levanta en las caídas, cura las llagas con la compasión del Samaritano, corta sin lastimar y alienta en todos los desfallecimientos. No basta el encuentro de las almas en una forma superficial y transitoria para retocar y acabar de hacer nuestra personalidad. Se necesita un contacto íntimo, profundo, de corazón a corazón, de alma a alma, para que haya transfusión de espíritus y el aliento de uno se compenetre y se confunda con el aliento del otro. Y esta compenetración se realiza por medio de la amistad en toda su plenitud.

Pero al tratarse de los amigos sucede lo mismo que al tratarse de los libros: el secreto está en saber escogerlos. Porque si juntamos nuestra suerte con la carga de desfallecimientos y de perversos instintos de otra alma, no haremos más que abrumamos con el fardo de nuestras propias flaquezas

y con el peso de las ajenas. Por esto debemos escoger. Y trabar los destinos de nuestro pensamiento con un pensamiento más alto, más fuerte, y más sano y firme que el nuestro. Y cuando nos encontremos en presencia de un hombre que ha prevaricado después de haberse unido con nosotros con los lazos de la amistad, no hay más remedio que romper. Porque el contagio de los espíritus es tan real como el de los cuerpos y aún más sutil y envenenador. Y el contagio de los espíritus — entre amigo y amigo— es toda una epidemia arrasadora. Es célebre la amistad entre Lacordaire y Lamenais. Y es célebre también el hecho de que cuando Lamenais se arrojó fuera de la Iglesia y desoyó las súplicas de Lacordaire, éste rompió de un solo tajo y en pleno sangramiento de espíritu, su amistad con el desertor.

En cambio, el día en que se logre encontrar un alto y firme valor de rectitud, de ideal y de carácter, habrá que sellar con él un pacto de alianza permanente y unir lo más estrechamente posible nuestra suerte, nuestro pensamiento y nuestra voluntad con ese nuevo complemento de nuestra personalidad, porque será para nosotros un manantial fecundo de aliento y vitalidad. Luis Veuillot —después de convertido al catolicismo— llegó a ser uno de los paladines más valientes del pensamiento católico. Y este periodista insigne —uno de los primeros de su siglo— decía al referirse a su amistad y a su contacto con M. Lenormand: “He salido de su casa en el propio estado de corazón en que me encuentro cuando salgo de la iglesia, después de haber asistido a un oficio hermoso y de haber orado y llorado a mis anchas”.

En la base donde se pretende edificar una alta personalidad, debe encontrarse inevitablemente el sacrificio. Sin esta piedra angular, no es, ni ha sido posible nunca, construir algo sólido en orden a los valores morales. Se asegura que en la batalla de Farsalia, Pompeyo —enemigo de Julio César— acudió con una guardia de jóvenes reclutados en Roma entre las familias que vivían entregadas a la molicie y al regalo. César, para desbandar al ejército de su adversario, no hizo más que recomendar a sus legionarios —curtidos en el sol de muchas batallas— que de preferencia hirieran con su espada el rostro de los soldados de Pompeyo. Esto bastó para que al sentirse heridos en la cara algunos de aquellos guerreros improvisados, se desconcertaran y se echaran por el camino de la desbandada. Porque son muy contados los que han puesto y ponen, en la base de su voluntad y de su carácter, la inmolación constante y libremente metodizada y aceptada.

Algo es ya que sepamos hacerles frente a las adversidades con ánimo sereno y firme; pero esto no basta para hacer una personalidad robusta. Es necesario tener la disciplina, el hábito del sacrificio voluntario y permanente. Franklin decía: “Cuando hace calor y tienes sed, échate en la boca un trago de agua fresca, luego arrójala y no se lo cuentes a nadie”. Dejamos morder por la sed, por el hambre, por el sueño y por las incomodidades voluntariamente, para adquirir la disciplina de la inmolación voluntaria, es hacer la armadura que nos llevará —a través del desierto de todos los reveses— a coger con nuestras propias manos la mano de la victoria. Hasta el clavo más oscuro ha tenido que retorcerse en las llamas y sobre el yunque para poder más tarde hundirse en la madera. La espada no llega a ser instrumento vencedor sino después de haber sido golpeada en sus costados, de haber sido abrasada hasta en sus entrañas reiteradamente, de haber sido magullada una y diez veces y de haberse sentido arrojada y estremecida sobre el filo de otras muchas espadas.

Nuestra personalidad no llegará a ser jamás una espada desnuda, delante de todas las batallas, si no nos hemos estrujado de arriba a abajo, si no nos hemos magullado afanosamente una y diez veces y si —en el instante de caer sobre el filo de otras muchas espadas desnudas— el temple de nuestra hoja falla y nos quedamos con las manos vacías. “Ser soldado —decía Kléber— es no comer, cuando se tiene hambre, no beber cuando se tiene sed, no dormir cuando se tiene sueño”. Ser personalidad alta y fuerte es tanto y algo más que ser soldado. Y quien no haya adquirido la disciplina de la inmolación y del sacrificio, ni haya metido nunca sus manos en el crisol hirviente del dolor buscado y aceptado voluntaria y metódicamente, no será ni soldado, ni caudillo, ni un remedo siquiera de carácter altivo y robusto.

Benito Mussolini suscribió la doctrina del sacrificio como piedra angular donde descansan las personalidades recias y avasalladoras, desde que escribió en uno de sus libros: “Mi vida es una página abierta donde se pueden leer estas palabras: estudio, miseria, batalla”.

Se ha empezado a escribir últimamente acerca de la acción considerada como un factor decisivo de formación. Este punto de vista entraña una honda verdad. Porque la acción ejerce un influjo apenas sospechado y en todo caso inmenso y total sobre la totalidad de nuestro ser. En un reciente nocturno, grandemente aplaudido en París y que lleva este nombre sugestivo: “La noche cae sobre las trincheras”, se dice: “El hombre aprende en el sufrimiento lo que celebra en el canto”. Pudiera decirse igualmen-

te que el hombre aprende todos los días en la acción y adquiere lo mejor que ha puesto en su personalidad y en sus obras.

Quien haya leído detenidamente la vida de Dante —inmortal cantor de la Edad, Media— habrá llegado a la convicción de que “La Divina Comedia” no habría sido comenzada, ni a lo largo de sus páginas habrían pasado los hervores encendidos de muchos odios y de grandes y ardientes pasiones —transfigurados por la inspiración— si Dante no hubiera conocido a Beatriz, si no hubiera penetrado en el vértigo arrebatador de las guerras enconadas de su tiempo y no hubiera tenido que comer el pan negro del destierro, ni beber el vino amargo de las lágrimas y de la persecución. La estrofa célebre que ha sido tan repetida y que pone Alighieri a la entrada del Infierno, ya había sido casi totalmente pensada y hecha cuando al poeta le fue negado el regreso a su patria, a no ser que se sometiera a procedimientos deprimentes e ignominiosos.

Y es que en el orden humano, existe la ley de la reacción, definitivamente comprobada en los fenómenos físicos. Y si a cada golpe dado en la piedra, corresponde una reacción, así también, en el orden humano, toda actuación que hacemos sentir sobre la realidad que nos rodea, produce una reacción que se traduce en un rechazo que obra sobre nosotros. El martillo todos los días cae sobre el hierro, lo fatiga, lo comprime y lo machaca. El hierro sale —de debajo del martillo— sonoro y centelleante. El martillo entretanto queda —después de encarnizarse con el hierro— pulido, abrillantado, más firme y resonante. Su acción se ha vuelto sobre él mismo y lo ha trabajado y lo ha transformado. En este mismo sentido y en esta misma forma, se vuelven los rechazos de la acción sobre el hombre todo entero. La acción —que no es otra cosa que obrar sobre la realidad viva que nos envuelve— es una fuente de rectificaciones. Porque nos hace ver las cosas, las personas y los hechos, con nuestros propios ojos, no a través de los libros ni a través de ojos extraños. Nos hace leer en la página inmensa de la vida, abierta delante de nosotros, y donde las cosas, los hombres y los acontecimientos entregan su verdadero sentido y su alcance propio, libre de inexactitudes y de falsas interpretaciones.

Y si uno de los bienes más codiciables de la inteligencia, consiste en tener una visión clara y sin sombras de lo real, la acción —mejor que los libros y que las lecciones de los mismos maestros— nos entrega hecho ofrenda de carne viva lo real, desnudo y abierto hasta sus entrañas. Bonaparte —que fue ante todo hombre de acción— conocía mejor a los hombres que muchos filósofos, y la configuración de muchos países de Europa

mejor que muchos geógrafos. Porque había visto hombres y cosas y acontecimientos con sus propios ojos, según la expresión de Hipólito Taine.

La acción equivale a una especie de gimnasia de nuestro ser. A la gimnasia se apela todos los días para vigorizar brazos y músculos. Y a la vuelta de algún tiempo y de repetidos esfuerzos hechos para rendir obstáculos y para recibir los beneficios de la ley de la reacción, aparece el atleta armado de su musculatura prodigiosa. La musculatura central del espíritu se encuentra en la armadura de la voluntad, es decir, en el carácter.

El carácter es —entre los grandes bienes de la voluntad— uno de los más necesarios y más altos. Y la acción —por ser la gimnasia más violenta y profunda de nuestro ser— se traduce y se ha traducido siempre, en un robustecimiento insensible y lento, pero en todo caso eficaz y decisivo robustecimiento de la voluntad.

Pero en nada se hace sentir más vivamente el alcance de la acción, como en el influjo que ejerce sobre el pensamiento y sobre las propias convicciones. La acción —desde este punto de vista— es la mensajera de la vida o de la muerte. Puede matar nuestro pensamiento o puede hacerlo echar raíces profundas que se agarren del nudo central de nuestra carne y de nuestro espíritu. Nuestro pensamiento es un encarcelado que puede morir de olvido y de asfixia o que puede encontrar un respiradero para tomar oxígeno de fuera. Y la acción puede volverse hacia nuestro pensamiento para hacerlo bajar a nuestra sangre, a las profundidades de nuestro corazón y extender su dominio sobre la totalidad de nuestro ser.

Cuando la acción se vuelve contra nuestro pensamiento y lo hostiliza y lo acosa, acaba por enflaquecerlo primero y por estrangularlo después. Esta tesis es el pensamiento central de “El Demonio del Mediodía”, de Paúl Bourget. Luis Savignan — que es el protagonista del libro— es un polemista que ha desbandado con su pluma victoriosa a todos los enemigos de la Iglesia. Pero Savignan es un intelectual que no les da mucha importancia a las razones del corazón y que no ha vivido la vida de una acción amplia e integral paralelamente a su pensamiento. Y llega un momento en que se encuentra delante de una crisis pasional que lo quema por dentro y por fuera; lo arrastra, lo voltea de arriba a abajo y lo reduce a un montón de rescoldo. A partir de este momento el brazo del polemista se paraliza. La pasión que lo ha invadido ahoga al pensador y hace naufragar su pensamiento. En la última página del libro y al margen del derrumbamiento de Luis Savignan, uno de los personajes de la novela resume la obra en estas palabras: “Hay una gran enseñanza en esta historia. Necesi-

tamos comprenderla bien, porque es la llave de muchos enigmas, la palabra salvadora para muchas inteligencias y para muchos destinos; hay que vivir como se piensa y si no, tarde o temprano se acabará por pensar como se vive".

La acción puede, pues, matar nuestros pensamientos. Pero si cada mano, cada brazo, cada incendio de nuestro corazón y de nuestra voluntad y cada arranque hacia las cosas y cada torcedura con que estrujemos carne y espíritu —en la hora de la acción— hacen que nuestro pensamiento beba del sudor y de la sangre que derramamos encorvados sobre el trabajo de nuestro ser, al batir las realidades que nos rodean; las ideas centrales de nuestra alma descenderán hasta lo hondo de nuestros huesos, echarán raíces vivas y no podrán ser ahogadas por el tumulto de nuestra vida exterior. El raquitismo de nuestro pensamiento muchas veces tiene su raíz en nuestra inercia, en nuestro quietismo y en nuestra inmovilidad. El naufragio de los pensamientos altos encuentra casi siempre una explicación satisfactoria en la hostilidad, en la guerra sin tregua de la acción, cuando ésta marcha en contradicción abierta contra las propias convicciones.

Allí están las herramientas para trabajar sobre la sustancia del espíritu. Las herramientas han sido hechas para defender la carne de nuestros dedos, para apresurar el trabajo, para centuplicar el esfuerzo y para tener una garantía mayor de perfeccionamiento. Las herramientas del espíritu no son para otra cosa, que para llenar los fines que todos los días llenan en los talleres el martillo, el cincel, el escoplo, la imprenta y la paleta. Entregarse a hacer la obra de moldear la propia personalidad con alto gesto de desdén hacía las herramientas o de negligencia en su empleo, es retardar lamentablemente el término de la jornada, fatigarse hasta desfallecer estérilmente y hacer informes y borrosos bocetos en lugar de sacar del barro y de la sustancia de nuestra personalidad, esculturas que ostenten todo el sello majestuoso de la rotundidad y de la perfección.

Vuélvete sobre ti mismo, forjador: ponte delante de tu carne y de tu alma. Ve de arriba abajo el bloque todavía negro, rugoso e informe, de donde tienes que hacer salir la musculatura de tu espíritu y la armadura de tu voluntad y —con todas estas cosas— el prodigio de una alta y fuerte personalidad. En seguida pégate sin tregua, golpéate sin lástima, hasta sangrar, hasta desfallecer, hasta cansarte; pero no golpees con las manos desnudas, ni fatigues tus brazos y tus dedos sino después de que te hayas provisto de tus herramientas, de las herramientas para obrar sobre el espíritu. Y cuando sientas que la mirada de un alto espíritu ha pasado por enci-

ma de tu frente y de tus destinos; cuando las páginas del libro, el grito escondido de tu meditación, el calor de la amistad, la mordedura del sacrificio y el vértigo y el tumulto de la acción te estrujen y te moldeen; espera con ciega confianza que se precipitará el día de tu perfeccionamiento y la hora de la realización de tu destino. Pero no lo olvides, tus herramientas son ésas: no sigas ni en la equivocación ni en la flaqueza de golpearte con las manos desnudas.

# TU VOCACIÓN

Padecía una crisis amenazadora la vecina república de los Estados Unidos. Era Presidente de ese inmenso país Adams. La crisis había tomado proporciones alarmantes y no era posible vislumbrar ni siquiera remotamente un rayo de esperanza. En otro tiempo manos hábiles y firmes habían tomado los remos de aquella nave —entonces azotada por el vértigo de la tormenta— y habían sido conjuradas todas las tempestades. Adams sintió paralizado su brazo por la impotencia y adquirió la convicción de que era preciso acudir al tesoro de reservas vivas para escapar del desastre.

Jorge Washington todavía vivía por ese tiempo y se hallaba retirado en Mont Vernon. Adams no vaciló ni un instante en hacerle un llamamiento a aquel insigne ciudadano y le escribió. Entre otras cosas, le dijo estas palabras que son un homenaje que muy pocos llegan a merecer: “Tenemos necesidad de vuestro nombre: permitidnos usar de él; en ello habrá más eficacia que en muchos ejércitos”.

Y Jorge Washington valía, en efecto, tanto como muchos ejércitos y algo más. Era y fue un hombre y un nombre, que constituía no solamente un motivo fuerte de alto y legítimo orgullo nacional; sino que era toda una inmensa fuerza viva que equivalía — por su intenso y avasallador valer moral— a un opulento tesoro. Y como Washington, son y han sido los valores humanos, la riqueza más profunda para todos los pueblos.

Cuando Cornelia —la inolvidable madre de los Gracos— mostró sus dos hijos a la dama romana que había hecho ostentación de sus diamantes y sus joyas, le dijo: “He aquí mis joyas”, pudo decir también que sus dos hijos eran el tesoro de Roma. Porque no solamente el oro y la plata y los bosques y los campos son la riqueza de un país; sino que al lado de los codiciables recursos materiales de una nación deben aparecer —y en lugar preferente— los valores humanos. Porque, si es pobre y casi un mendigo un pueblo que apenas tiene oro y plata para vivir, es un pordiosero el pueblo que lleva sobre sus espaldas la carga pesada y abrumadora del empobrecimiento de hombres. Porque los hombres que pesan, que valen, que

tienen alta significación por sus altas dotes personales, son el tesoro central de las patrias y de las razas.

Pero los valores humanos tienen que salir —como los valores económicos— de los talleres y de las fraguas. Es preciso amasarlos; es necesario moldearlos y fundirlos y regarlos con torrentes de sudor, caídos de la frente de los obreros que viven consagrados a trabajar sobre el barro humano. Por esto, al lado de cada taller donde todos los días se extienden los brazos desnudos para doblar hierro y para hacer el patrimonio de la riqueza material de un país, deben alzarse también los talleres donde cada siglo, cada generación, cada patria puedan formar el irremplazable patrimonio de sus valores humanos. Pero decir valores humanos no es decir solamente hombres en un sentido general, ni tampoco en el sentido en que Guyau decía: que la profesión más universal es la de ser hombre. Porque si bien es cierto que la vocación central de cada hombre es la de distender pensamiento y voluntad, palabra y conciencia, corazón y músculos hacia el ideal del perfeccionamiento humano; sin embargo, los valores que constituyen la riqueza de un pueblo, aparte de pedir, de exigir una labor de desenvolvimiento integral de las fuerzas esencialmente humanas —razón y carácter—, piden, suponen y necesitan un trabajo que tienda a despertar las vocaciones personales en relación íntima y estrecha con las necesidades propias de cada nación. Porque un pueblo tiene mucho por el solo hecho de tener hombres; pero tiene todavía muy poco con relación a sus exigencias; y lo tiene todo, cuando no sólo puede decir que tiene hombres, sino que tiene filósofos y poetas, maestros y estadistas, políticos y artesanos, pensadores y navegantes, diplomáticos y legisladores; en fin, cuando esté en posesión de un manantial inagotable y pleno de vitalidad y de perfeccionamiento.

Arístides Briand, —viejo político francés— fue el Ministro de Relaciones Exteriores en su propio país. Había venido a formar parte del ministerio organizado por Raymond Poincaré en medio de crisis agotantes y desesperadas. La cocinera de Briand, —que había trabajado con él treinta años—fue entrevistada por los representantes de la prensa de París. En su entrevista dijo —entre otras cosas— ésta que tiene un hondo sentido práctico y que aclara luminosamente la significación y las características de los valores humanos: “El señor Briand —dijo la cocinera— está muy bien en el Ministerio de Relaciones, y la verdad es que sería detestable si lo nombraran Ministro de Hacienda”. —“¿Por qué?”— replicó uno de los interlocutores. —“Porque nunca confronta mis propias cuentas”, repuso la interpelada.

Este punto de vista de la cocinera de Arístides Briand, viene a precisar la significación de los valores humanos. Y así como no basta que un pueblo tenga portentosos yacimientos de metales, selvas riquísimas, tierras muy fértiles y un clima envidiable, sino que tiene necesidad de talleres donde todos esos recursos caigan bajo la mano del hombre para satisfacer necesidades especiales, así también no basta haber moldeado en nosotros al hombre; sino que es necesario moldear juntamente con el hombre, el artífice que podrá —en cualquier momento dado— extender sus dos brazos desnudos para llenar con maestría insuperable, en virtud de una larga, tenaz y conveniente preparación, una determinada función de las que constituyen todos los días supremas necesidades de la vida de hombres y de pueblos.

La riqueza —desde el punto de vista puramente material— está formada de valores económicos. Y los valores económicos son elementos esencialmente correlativos. Porque dicen con relación al hombre y a sus necesidades y deben estar en condiciones de satisfacer esas necesidades. De otra suerte serían puntos muertos, fuerzas sin sentido y sin objeto, y por este solo hecho, dejarían de ser valores y de formar el patrimonio de riqueza material de un país.

Otro tanto sucede con los valores humanos. El patrimonio humano de una patria se constituye de valores. Pero los valores humanos son igualmente correlativos. Son y necesitan ser —para formar la riqueza de un pueblo— factores que puedan ocupar, en el complicado engranaje de la vida colectiva, un puesto desde donde le den impulso y aliento a la vitalidad del espíritu y del cuerpo. Y mientras un hombre no haya adquirido un adiestramiento especial que le permita tomar parte en el largo y angustioso trabajo de fermentación y de alumbramiento de donde salen todos los días libros, sistemas, leyes, espadas, empuñaduras, ejércitos, capitanes, estadistas, en fin, todas las fuerzas vivas de las patrias, tendrá que permanecer con los brazos caídos, ser mero espectador de la marcha de los acontecimientos, juguete de todas las vicisitudes y parásito devorador que consumirá el trabajo regado con el sudor de los demás.

Y sí en un instante de vértigo y de crisis arrasadora se levantan gritos que llaman hacia todas partes en busca de brazos que peleen con el huracán y le arrebaten su presa, él, aunque sea un prodigio de carácter y de inteligencia, no podrá más que intentar ensayos, por más que en estos momentos se necesita la seguridad del éxito y la llegada al puerto.

Hubo un día en que —en medio del hundimiento ruidoso de todo durante la revolución de 1793— alguien dijo enfáticamente: “La República no necesita de sabios”. Y por desgracia la fórmula ha alcanzado celebridad y ha encontrado admiradores y prosélitos. Y toda la democracia moderna salida de los hornos encendidos de los sangrientos motines de la Bastilla y de las calles de París, se echó a andar y marcha aún por el camino de una desastrosa improvisación y también de la más segura bancarrota.

Un personaje de una nueva novela de Paúl Bourget sintetiza la idea central de la democracia contemporánea —con todos sus gérmenes y fermentos de ruina y de desquiciamiento— en estas palabras: “Democracia es el pueblo capaz de gobernarse a sí mismo con la razón y h justicia; cada ciudadano con alma de rey”. Y la democracia moderna no ha sabido ni sabe todavía qué hacer con tantos millares de reyes salidos de las cabañas —últimamente de debajo de las herramientas de todos los talleres— y que lo mismo se atreven a hacer moldes para un pueblo, que a decir su palabra a las multitudes, sin haber hecho otra cosa durante toda su vida que golpear con un martillo o manejar un escoplo.

El sentido común —viejo e infalible consejero y que ha asistido a la fundación y ruina de muchos imperios— había enseñado y dicho al oído de todos los hombres, que aun para fabricar un clavo se necesitaba haber hecho un largo aprendizaje bajo la dirección de un maestro y de haber adquirido un adiestramiento especial. La democracia ha intentado hacer fracasar el sentido común en todo lo que se refiere a la dirección y gobierno de los pueblos. Y aunque se sabe que hacer leyes y trazar rutas a los pueblos desde las alturas del poder es lo mismo que entrar a un inmenso taller donde se dan cita los intereses complicados de muchas vidas y los destinos de muchas almas, y que allí hay que moldear el cuerpo y el espíritu y la suerte de las patrias; la democracia moderna no titubea en llamar a todos a que se ciñan el mandil de cuero de los forjadores de los grandes destinos y en poner en sus manos oscuras, torpes y estériles las herramientas con que se hace la historia de las razas.

El Doctor Spockman —personaje representativo en el drama “Un enemigo del pueblo” de Enrique Ibsen— exclama, poseído de una arraigada convicción: “He descubierto que las raíces de nuestra vida intelectual están podridas y que las bases de nuestra sociedad civil están envenenadas por la mentira”. Este personaje al hablar así se refiere al sufragio universal. Y una larga historia de ensayos, de crisis y de desquiciamientos, puede ya servir de base inconmovible para decir que el sufragio universal ha sido

una gran mentira y la raíz de una inmensa bancarrota casi irreparable. Porque mentira es que cada ciudadano, solamente por serlo, tenga “alma de rey”, aunque haya nacido en un pantano y aunque no tenga ni una remota noción de sus propias responsabilidades. Mentira que porque la democracia llama y ha llamado a todos a reinar, todos tengan el suficiente discernimiento, no digamos para elegir moldeadores de pueblos y de destinos; pero ni siquiera para escoger un fabricante de zapatos.

Y esta mentira, que ha hecho la consagración de todos y que ha realizado el prodigio de matar el sentido común —siempre que se trata de la suerte de las naciones— ha venido a envenenar las fuentes de nuestra vida, y ha venido a arrojarnos vertiginosamente en una bancarrota innegable y en un empobrecimiento desesperante.

Porque si para hacer un clavo que irá a ensamblar el oscuro maderamen de una puerta, es necesario ir a magullarse las manos algunos meses y hacer un aprendizaje más o menos largo; para penetrar al santuario donde se hacen y se dictan las leyes, basta haber seducido a varios centenares de electores, y este oficio supera sin medida en ventajas pecuniarias y políticas al oficio de herrero; claro está, que muchos yunques y muchos talleres serán abandonados para buscar la entrada a la fragua donde se hacen la leyes y donde se dictan los destinos de los pueblos. Y la gran mentira del sufragio universal se ha propagado con la rapidez de un contagio. Y son muchos los que viven en espera de que llegue el instante de salir de entre el polvo de su cabaña y de la miseria inmensa de su propia nada, para subir en hombros de la democracia, sin más esfuerzo que un pacto con algún político o un arranque de audacia y de cinismo.

Y han sobrevivido, de un lado, la parálisis de muchas manos que estaban o habrían estado dispuestas a voltearse —hasta encallecer para ascender— y, de otro lado, una mendicidad agotante de valores humanos. Los valores humanos se hacen en medio de las llamaradas de la forja, entre el polvo agitado de los talleres y con las magulladuras punzantes de nuestros dedos. Pero la mentira de la democracia ha ungido todas las manos con el óleo de los reyes, y es inútil esperar que esas manos ungidas y olorosas a cetro y a púrpura se extiendan sobre las asperezas del hierro y de la piedra para lastimarse y encallecerse. Por esto se han apagado y se han extinguido casi totalmente las fraguas donde se oía el grito de los yunques, donde se hacían y se moldeaban las personalidades.

Se trata de una consecuencia que arranca de una trabazón lógica, impecable. Porque si en el mercado de los valores humanos —según la de-

mocracia moderna— todos pesan y valen lo mismo: el sabio y el ignorante, el santo y el malvado, el inteligente y el imbécil, no hay motivo alguno para sudar y angustiarse con el fin de pesar más que los otros en la balanza de la vida, puesto que a pesar de todo no se logrará un adarme más que nadie.

La mentira del sufragio nos ha empobrecido. Porque ha saqueado el único venero permanente e inagotable de las vocaciones personales, que son y serán siempre la fuente de los valores humanos. Se toma la palabra vocación, no en su sentido religioso, sino en su sentido amplio de inclinación y aptitud natural. Desde este punto de vista, se ha de reconocer que es una verdad indiscutible que —como dice un interlocutor de la "Escuela de los Sofistas" de Ricardo León—: "La naturaleza es la primera aristocracia". Porque la vocación personal, que es un hecho innegable, no es más que un don de la prodigalidad de la naturaleza. Y claro está que, dar vocaciones personales, es seleccionar, es echar las bases de una aristocracia. Y así como es una gran mentira que todos los hombres — como lo ha enseñado la quimera del sufragio universal— son reyes y lo son en todo, así también es verdad que las vocaciones personales, seria y concienzudamente conocidas y cultivadas, son el patrimonio que enriquece la vida de las naciones.

Balzac comenzaba a hacer sus primeros ensayos literarios. Su padre —que tenía idea clara del sentido de las vocaciones— le dijo un día: 'Tú no sabes que en literatura, un hombre debe ser: o un rey o un mendigo". "Muy bien —replicó Balzac—, seré un rey". Y esto: reyes y príncipes hace de los hombres la vocación personal diligentemente escudriñada, y, sobre todo, ansiosa y afanosamente fortalecida y desarrollada.

No siempre son claras y luminosas como las estrellas las señales que denuncian el sentido y la dirección de las personalidades, y, en algunas ocasiones, ha sido necesario un encuentro inesperado para descubrir la propia vocación. Demóstenes no habría llegado a ser rey en el alcázar de la elocuencia griega, si no hubiera encontrado el incidente fortuito que lo despertó para llenar el foro de Atenas con los acentos penetrantes y arrebatadores de su palabra. Pero desde el día en que sintió el despertar de su vocación, padeció largos y angustiosos insomnios de perfeccionamiento y no descansó hasta conseguir que su palabra —como una espada encarnizadamente mordida por la lumbre y por el martillo— ganara todas las batallas de la oratoria.

La vocación personal llega a ungir con el óleo de la consagración, las frentes de los hombres y hace de cada uno de ellos, no reyes ni príncipes en todo, sino reyes y príncipes en alguna de las múltiples manifestaciones de la actividad humana. El sufragio universal ha matado o desconocido las vocaciones personales. Sus primeros y más ardientes ejecutores se enrojecieron las manos con la sangre de un sabio: Lavoisier; y con la muerte de un bardo inmortal: Andrés Chenier. No han sido las únicas víctimas de la mentira de la democracia. Ha habido y sigue habiendo un irresistible y voraz arrasamiento. Y de este arrasamiento incontenible y brutal, arranca el abrumador empobrecimiento de valores humanos. Y ha llegado el momento de acabar con la mentira del sufragio universal y de poner delante de sus abanderados, de un lado, todos los desastres y todas las bancarrotas que son la derivación esencial y lógica de la nueva democracia y, del otro lado, habrá que reafirmar el principio fecundo —únicamente fecundo en valores humanos— del respeto y reconocimiento de las vocaciones personales.

El balance que ya hoy se puede formular en presencia de la gran mentira del sufragio universal, es una quiebra irreparable. Rabelais, el día de su muerte, dijo: ‘No dejo nada. El resto se lo dejo a los pobres”. El sufragio universal ha empezado a hacer su testamento, porque es una mentira que agoniza rápidamente y que en muchas partes pronto será enterrado. Pues todo su testamento —a la luz de una crítica inexorable y de los fallos implacables de la historia— será el mismo de Rabelais: La democracia no deja nada; lo demás es una herencia de quimeras que ha sublevado estérilmente a los pobres del cuerpo y del alma.

La cocinera de Arístides Briand, al emitir su opinión acerca de que su amo se hallaba bien en el Ministerio de Relaciones y que lo haría detestablemente en el Ministerio de Hacienda, es la fórmula eterna del buen sentido y de la fecundidad de los valores humanos. Y es al mismo tiempo la consagración salvadora de las vocaciones personales. La cocinera de Briand, en el fondo, ha dicho lo que dice el buen sentido. El oro es oro, el cobre es cobre. Al oro habrá que colocarlo allí donde el oro debe encontrarse; al cobre, allí donde está el puesto que debe ocupar.

La democracia ha procedido en forma opuesta y ha dicho: cualquier hombre puede ser sacado de la masa confusa e informe de los mortales y arrancado de detrás de su arado y tomar en sus manos —con maestría incomparable— la dirección suprema de un país; cualquier hombre puede ser ministro o diputado, capitán o mariscal, legislador o ejecutor. Y desgraciadamente esta mentira nos ha herido de rechazo a todos. Y el resorte

de las vocaciones personales y del trabajo personal se ha aflojado o se ha roto. Y todos los días se dan a la vela muchas barcas y muchos destinos sin contar con más garantía de éxito que el atrevimiento y la improvisación. Y todo se ha traducido y sigue traduciéndose en una forma especial y agotante de parálisis y de mendicidad. Cátedra, periodismo, literatura, maestros, programa de enseñanza, estatutos de vida individual o colectiva, todo lleva el aliento funesto de la improvisación. Nadie se atreve a echarse a cuestas el cargo de maestro de un taller de carpintería. Sin embargo, todos o casi todos se atreven a subir al Capitolio y a decir oráculos para el porvenir y para la suerte de los hombres y de los pueblos. Y deslumbrados por la grande mentira de que podemos improvisarlo todo y hacer de cada uno de nosotros un ministro, o un maestro de filosofía, o un literato, marchamos con los brazos caídos y en plena holganza.

Nuestro empobrecimiento —en punto a valores humanos— es un hecho que está delante de nuestros ojos; nuestra mendicidad no puede ser disimulada porque los harapos que llevamos encima demuestran la presencia de un pordiosero. ¿Qué debemos hacer? Enriquecemos. Formar el patrimonio de valores humanos que deben ser el tesoro vivo e inagotable de nuestra patria. Y para esto habrá que formular un programa cuyos puntos centrales estén en abierta pugna con las tendencias fundamentales de la mentira de las democracias, que nos ha empobrecido y nos ha saqueado. Este programa puede o no tener algún valor para los viejos, pero debe ser la bandera de los jóvenes nuevos y fuertes que quieren llevar en su diestra la llave del porvenir.

La mentira de la democracia ha echado en los estercoleros la significación sagrada de los destinos y de las vocaciones personales. La juventud debe detenerse poseída de un hondo movimiento de reverencia delante de su propia vocación. Y debe entregarse con apasionamiento y empeño al significado de su propio destino y de la dirección de sus energías personales. Hay una inmensa caravana de los que nunca han sospechado siquiera su vocación. Sin embargo, esto no prueba más que el olvido en que todos los días se echan las propias responsabilidades y los propios pensamientos. Tenemos que marchar en medio del vértigo y todos los viajeros marchan precipitadamente en esta hora de desbandada. Pues a pesar de esto debemos detener o moderar la marcha, volver sobre nuestros pasos, escarbar lo más recóndito de nuestras entrañas, gritarle penetrantemente al hombre que todos llevamos en las vías subterráneas, y no suspender ni nuestra exploración ni nuestros llamamientos, hasta que oigamos que nos contesta la voz resonante de nuestra vocación personal. En nuestro derredor siempre

hay fuerzas despertadoras que pueden sacudir el resorte íntimo de nuestros destinos individuales.

Mallebranche había cultivado la historia sin ningún aprovechamiento notable. Un día cayó en sus manos un libro de Descartes, célebre filósofo francés. La lectura de las primeras páginas hizo estremecerse en la mitad del corazón de Mallebranche al filósofo que llevaba dormido. Y a partir de ese día Mallebranche marchó precipitadamente hasta llegar a ser un fuerte valor como pensador.

Si nuestros gritos —durante el momento en que nos asomamos al abismo de nosotros mismos— se pierden y no oímos la respuesta, debemos gritar hacia fuera, hacia todos los vientos, y tocar los resortes que empiecen y terminen la obra total de despertarnos.

Y aunque de pronto se extingan nuestras voces en el desierto y nos parezca que no hay dentro de nosotros mismos más que soledad y abatimiento, tendrá que llegar el instante de la revelación y nos hallaremos cara a cara con nosotros mismos y con el sentido claro y preciso de nuestra vocación personal. Nadie o casi nadie se encuentra, porque nadie o casi nadie se busca; y el primer paso que hay que dar es éste: desenterramos, fijar la dirección de nuestro destino individual. Habremos encontrado oro o cobre, barro o hierro para hacer espadas; pero oro o cobre, son los materiales de que se hacen y se han hecho todos los valores humanos.

Realizado este primer punto del programa de nuestro enriquecimiento, debemos pasar al segundo, que consiste en echar cuerpo y alma en medio de las angustias y de las fatigas de un trabajo encarnizado. Pensamiento, palabra, corazón, conciencia, gritos interiores, señales de fuera, libros, maestros, acontecimientos, flujos y reflujos de la vida; todo debe conjurarse bajo el impulso de nuestras manos para que nuestra vocación arda cada día más vivamente dentro y fuera de nosotros y para que se fortalezca y llegue a ser el nudo central, el resorte de nuestra carne y de nuestro espíritu. Solamente así conseguiremos que nuestra vocación avance como un ejército en marcha. Nada ni nadie podrá contenernos, porque llevamos dentro de nosotros mismos el grito que nos ha puesto en marcha, que nos dice todos los días, hora a hora, minuto a minuto, la orden de batalla y que —incansable acicate de inquietud— no nos dejará plegar la tienda de nuestro destino en ninguna parte: hasta llegar. Porque hay que convenir en que son pocos los que llegan. Son muchos los que se dejan llevar y se quedan allí donde el soplo encontrado de las tormentas los deja. La vocación personal —fortalecida y diligentemente cultivada— es el secreto para llegar.

Los que ni la conocen ni la trabajan, no tienen ruta, no tienen dirección, no tienen programa: son leño roto de un bajel que el oleaje mueve y voltea a su antojo.

No basta —después de un largo trabajo de escudriñamiento interior— haber descubierto nuestra vocación personal y haber fijado el sentido y el rumbo de nuestro destino individual. Ni basta tampoco tras de una tarea encarnizada, fortalecer y moldear nuestro grito interior. Con esto solamente tenemos un valor humano a medias. Hay que completarlo: hay que hacer de él un verdadero valor.

Encontrado el hierro y puesto en pleno sol, es preciso hacer de él algo que sirva para satisfacer las necesidades humanas. Mientras esto no sucede, es solamente un valor a medias. Luego que ha caído en las manos del forjador y ha llegado a ser una reja de arado, una hoja de espada, o una pieza del engrane de una máquina, es un valor entero y total. Lo mismo sucede con nuestra vocación personal: hacerla servir de algo y lo más ampliamente posible, hacerla servir para algo con la mayor intensidad, para nuestro siglo, para nuestro tiempo, para la generación de que formamos parte: esto es indispensable para que se convierta, de valor trunco e incompleto, en valor fecundo, vivo y total.

Una pieza de acero que haya formado parte de un aparato caído totalmente en desuso, es un factor inútil; una pieza de acero que no encaja en el engranaje de una máquina actual y que solamente servirá para una máquina imaginaria que existirá dentro de muchos siglos, es un valor a medias, o no es valor. Y la sola existencia de valores humanos a medias, es equivalente al empobrecimiento. Y es uno de los aspectos que es posible encontrar dentro de nuestra mendicidad, en punto a valores humanos.

La cocinera de Arístides Briand pudo decir que su amo servía y se encontraba bien en el Ministerio de Relaciones y que no estaría bien en el Ministerio de Hacienda. A una reja de arado se le puede señalar su lugar en el movimiento de fecundidad que todos los días le arrebata a la tierra el pan para vivir. En cambio hay muchos hombres —entre nosotros forman legiones— que no son más que valores a medias. No puede decirse dónde estarían bien, ni dónde no. No puede decirse que podrían ser ministros, ni diputados, ni maestros, ni escritores, ni artistas porque aunque hayan pasado los días y las noches entregados a la meditación, al estudio, o a un trabajo especial, nunca han salido de sí mismos, ni han procurado otra cosa que servirse a sí mismos, y lo menos posible a su generación, a su tiempo y a los demás. Han leído muchos libros y enriquecido su espíritu con doc-

trinas y múltiples conocimientos; pero son puntos muertos porque ni hablan, ni escriben, ni obran sobre la corriente de vida que a todos nos moja y nos empuja. ‘El que ha sido de su época —decía Schiller— es de todas las épocas; ha cumplido su misión; ha tomado parte en la creación de las cosas eternas”. Ser de su época, trabajar para su época, obrar sobre su época, vivir —en el sentido más intenso y fecundo— en su siglo, dentro de su siglo, para su siglo, para su generación: esto es indispensable para hacer de nuestra vocación personal un valor completo. Pero para servir de algo a nuestro siglo y para colaborar en la creación de las cosas eternas, no solamente debemos procurar colocamos fuera de nosotros mismos y salir nosotros, y abrimos paso para estar y quedamos de pie en la mitad del corazón donde se anuda y se desata vertiginosamente el oleaje de la vida de nuestra generación; sino que es necesario saber hacer, con maestría insuperable, con destreza suma, en virtud de una larga obra de trabajo, de estudio, de ensayo y de especialización, alguna de las múltiples y variadas labores que sustentan la vitalidad de un pueblo. Necesitamos saber hacer algo concreto; no basta que se pueda decir que somos un manantial de ciencia y sabiduría. Esto es muy vago y la vida no se alimenta de vaguedades, sino de cosas vivas, reales y concretas. Es preciso que podamos decir y que se pueda decir —en contraposición a la mentira de la democracia— que aunque no lo podemos ni sabemos hacer todo, sin embargo, sabemos hacer algo y lo podemos hacer, no que vamos a ensayar sobre la carne viva y en los destinos de nuestra época.

Con esto quedan señalados los caracteres esenciales que debemos imprimirle a nuestro trabajo para llegar a ser valores humanos respetables y fecundos. Descubrir nuestra vocación personal; alimentarla y fortalecerla; echarla en la mitad del tumulto donde gritan y entrechocan las corrientes vivas de nuestro siglo y de nuestra generación, y prepararla diligentemente para hacer alguna de las labores de que vive y se sustenta nuestra época: esto es lo que hacen, han hecho, y seguirán haciendo los valores humanos. Esto ha formado y seguirá formando el patrimonio, el tesoro vivo de patrias y razas.

A mediados del año de 1925 el mundo fue testigo de una alta y solemne consagración de valores humanos, de un espectáculo que fue un homenaje rendido a la vocación personal y de un acto de desquite contra la mentira de la democracia. Se celebró una asamblea formada por varios millares de estudiantes venidos de los centros más célebres de educación. Aquel enjambre ruidoso de juventud no se reunió para formular nuevos programas de vida ni tampoco para maldecir el pasado. Llegaban todos es-

tremecidos por un movimiento interior de hondísimo respeto, y en la mitad de su frente altiva —donde apuntaba la aurora del porvenir— se advertía un no sé qué de encendido fervor místico. ¿Qué pretendían estos viajeros del porvenir? Celebrar una asamblea extraña y que quizás no tiene precedente en la historia del mundo. Llegaban de lejanas tierras a hacer un desenterramiento y una consagración. Se procedió desde luego a precisar nombres y altos recuerdos. Y fueron nombrados uno a uno —en medio del mudo silencio de la admiración— muchos de los valores centrales de la humanidad. Sócrates, Juana de Arco, Pasteur y otros más hasta formar una lista de seiscientos nueve grandes personajes, que en la larga peregrinación de los tiempos se destacaron sobre sus contemporáneos y fueron fuerzas vivas que saciaron el hambre de su siglo y que apagaron la sed de su generación. Y se hizo el desenterramiento de los viejos valores. Y fueron manos de juventud ansiosa —quizás fatigada por la anemia y por la tuberculosis de nuestro siglo— las que trémulas de entusiasmo y de esperanza —como si fueran a sacar un rico e inapreciable tesoro— abrieron la tumba inmensamente silenciosa y desierta del pasado y llamaron con su grito de viajeros en marcha a los grandes desaparecidos. En seguida se hizo la consagración. Y se reconoció y afirmó el significado de las vocaciones personales como los fecundos veneros de la riqueza de los pueblos, y se quiso elegir, entre los desenterrados, al más alto, al más intensamente fértil, al que debería dejarse coronado con la aureola del homenaje de la presente generación y como un perpetuo índice que estimule y aliente a los nuevos viajeros. Se echó mano del voto y se acudió otra vez a la democracia. Pero no fue la mentira, que ha declarado y declara reyes y príncipes de todo y en todo a todos los hombres, sino la verdad que elige al mejor de los mejores, caso único en que la democracia deja de ser una mentira y la consagración del número infecundo y de la incompetencia.

Pasteur —el gran Pasteur— el revolucionario que arrojó su tea encendida en los dominios de las ciencias modernas, obtuvo el primer lugar. Sócrates el noveno, Juana de Arco el octavo.

Esta consagración es un desquite contra la gran mentira que ha envenenado y empobrecido a las patrias, y es una lección vivificante. La actitud de esta asamblea de estudiantes es una señal fuerte de renovación. Porque ya se ha empezado por inclinarse delante de la significación sagrada que tienen las vocaciones personales, y ante el alcance de fértil vitalidad que tienen los valores humanos.

Sin embargo, no basta que las manos trémulas de la juventud se levanten para saludar a los grandes muertos, para hacer su consagración en medio de la bancarrota del siglo presente. Es necesario —para salir de nuestra mendicidad y de nuestro empobrecimiento— que ese homenaje férvido y extraño de la juventud se traduzca hoy mismo en una actitud decidida de desentrañar la propia vocación y de trabajar sobre ella para acuñar nuevos valores. Los valores que han desaparecido se quedan presentes en las páginas de la Historia; pero las patrias se nutren de la fecundidad de los valores vivos. Y hay que entregarse hoy mismo a la tarea santa y únicamente salvadora de acuñar esos valores. Que después de bajarse, esas manos trémulas que han saludado a los grandes valores human os del pasado, escarben en derredor de las raíces ignoradas de la propia vocación personal, y que después de sacarla a pleno sol y de moldearla en m largo y angustioso pero fecundo trabajo de preparación, la arrojen en medio del vértigo donde se entrechocan las corrientes de la sangre y de la vitalidad de nuestro siglo, para ser verdaderos valores.

Que esas mismas manos que han rendido el homenaje, moldeen y cincelen a los filósofos, a los maestros, a los escritores, a los conductores de pueblos y hagan de cada nuevo viajero del porvenir un alto valor, para que todos los días —pero sobre todo, en los instantes en que se abre el cráter de las crisis que arrasan y que devoran— todos los brazos encuentren un brazo robusto que sea más fuerte que todos los naufragios, y todos los náufragos —con una ciega confianza— digan como Adams a Jorge Washington: “Tenemos necesidad de vuestro nombre; permitidnos usar de él; en ello habrá más eficacia que en muchos ejércitos”.

## EL DERROCAMIENTO

Debajo de este derrumbamiento de que todos somos testigos, está un derrumbamiento que muy pocos ven, que muchos se empeñan en ignorar y que casi nadie ha sospechado hasta ahora. Ese derrumbamiento —que está debajo de todos nuestros grandes derrumbamientos— ha sido llamado con frase casi insuperablemente feliz y exacta, por Max Scheler, el derrocamiento efe los valores. Y esto es exactamente lo que hay en la base de todo ese inmenso derrumbamiento, que ha desolado la vida europea y que ha desquiciado y volteado de arriba a abajo nuestra vida.

Porque todo edificio político y social, descansa sobre las espaldas de los valores que lo han levantado y que lo sostienen. Si llega un momento en que un terremoto derriba y voltea esos valores, toda la construcción se viene abajo de una manera inevitable. Y si a lo largo de las páginas de la Historia, es posible aun oír el estruendo de grandes edificios que caen y se hunden, es porque ha llegado la hora del derrocamiento.

La Edad Media ha sido una de las más amplias arquitecturas sociales y políticas que ha visto levantar la Historia. Descansaba sobre un patrimonio envidiable de valores. No parecía sino que cada hombre —en esa edad— era un cíclope; fundadores de escuelas y de filosofías; recia fermentación de donde salieron todas las monarquías de Europa y poco después los exploradores de mares y de continentes; príncipes y reyes que habían visto nacer la organización humana más perfecta que se ha conocido. Y todo este andamiaje que reposaba sobre los hombres de altos valores, cayó el día del derrocamiento.

Hasta entonces todo parecía haber sido hecho para la eternidad. Las dinastías —no solamente de reyes, sino de maestros, de pensadores y de artistas— entregaban en herencia a sus sucesores el patrimonio conquistado y el edificio parecía ser eterno. La monarquía francesa contaba varias generaciones de reyes. Pero un día oscuro y trágico, los de abajo miraron de pies a cabeza a los nobles y a los príncipes de Francia, sintieron flacas y derrengadas sus espaldas, se acercaron a ellos, los doblaron de un solo empuje y los derribaron. Y al día siguiente —en medio del vértigo de la locu-

ra— todo se bamboleaba y de todos los labios salía esta pregunta que hacía —lleno de inquietud y de inseguridad frente al porvenir— Juan Bautista Greuze: “Hoy, ¿quién es rey?”

Es la misma pregunta que se oye por todas partes y que nadie sabe ni puede contestar. Porque los hombres recios, los valores en que descansan los edificios humanos, han flaqueado y se han roto. Los príncipes y reyes de la monarquía francesa pudieron mantenerse en pie. Y pudieron ser derrocados mucho tiempo antes. Sin embargo, no lo fueron hasta en los días del 1793. ¿Por qué? Porque antes tenían firme el puño y llevaban la espada en la vaina. Más tarde perdieron la vaina y la espada juntamente. Dejaron de ser verdaderos y firmes valores humanos y un motín fue bastante para derribar un trono que Carlomagno había levantado, en medio de un desfiladero de batallas y de enemigos.

Son posibles los valores humanos; es posible que lleguen a pesar sobre su siglo y que lleguen a ser oráculos y reyes; pero también es posible el derrocamiento. Aníbal había emprendido su expedición a Roma, seguro de que con su ejército y su astucia, doblaría la mano encallecida de los capitanes romanos. Nada ni nadie pudo detenerlo. Los Alpes vieron a aquel arrojado caudillo pasar por encima de su lomo cuajado de ventisqueros y derrumbes; las viejas legiones amamantadas por la loba del Capitolio, se desbandaron y llegó un instante en que, al parecer, Roma caería bajo el puño del Cartaginés.

Pero vinieron los reveses. La distancia, el clima y la consunción, se aliaron para echar a Aníbal fuera de las fronteras de Roma. Poco después se libró la batalla de Zama y Aníbal fue derrotado por Escipión. Y más tarde aquel caudillo que había soñado poner su planta sobre el orgullo de los romanos y desfogar sus viejos y encarnizados odios, se refugió en la corte del rey Prusias y, después de haber sorbido una taza de veneno, dijo: “Soseguemos la inquietud de los romanos que han tenido por insufrible el esperar la muerte de un viejo desgraciado”. Antes, en plática con Escipión, Aníbal —al ser preguntado acerca de quién era el primer capitán del mundo— había dicho que el primero fue Alejandro, el segundo Pirro y el tercero el mismo Aníbal. “¿Y si te venciese?” —repuso Escipión—. “Entonces —replicó Aníbal— no me pondré yo el tercero, sino que a ti te declararé el primero entre todos”. Y llegó la hora del derrocamiento de Aníbal y no fue ya para Roma más que un viejo arruinado que se mató de impotencia.

Esta puede ser la suerte de los valores humanos: el derrocamiento. Y llegada la hora del derrocamiento —y en esta hora nos encontramos— no

hay término medio: o se emprende la reconquista para ganar los puestos perdidos, o se rehúye la batalla encarnizada que hay que librar para volver a arrebatar la púrpura; y en este último caso, se deja de ser un valor humano para no ser más que una arista rota y pisoteada. Esto quiere decir que los valores humanos —para tener de hecho toda la significación que les corresponde— necesitan ponerse en marcha para abrirse paso, ganar una posición, retenerla invenciblemente y entregarla a una descendencia que sepa conservarla. Y para esto no hay más recurso que la guerra.

La inquietud más viva de estos momentos, es la de la pacificación universal. Todos los grandes estadistas de Europa padecen la obsesión de suprimir la guerra para siempre. Son víctimas de lo que Brunetière llamó en su tiempo la “mentira de la pacificación”. Porque a pesar de todo, la guerra no desaparecerá. Arístides Briand ha hecho hasta ahora, una obra tenazmente pacificadora y sus trabajos han alcanzado ciertos éxitos. Por esto en estos últimos días, se le adjudicó el Premio Nobel de la Paz y se le ha rendido un ferviente homenaje. Una agrupación francesa le entregó una corona con listón en que se leían estas palabras: “Al gran artesano de la paz”. Los periodistas extranjeros le enviaron una estatua de bronce que representa a Pasteur. Al recibirla, Briand se llenó de emoción y dijo: “Estaré siempre feliz al tener delante de mí, sobre mi escritorio, el emblema del más grande benefactor de la humanidad, que me alentará todavía más, para perseverar y combatir hasta hacer desaparecer, la terrible enfermedad que se llama *la guerra*”.

Pero Briand no matará la guerra. La guerra lo matará a él. Ya empezó a amenazarlo. Y en los días en que volvió últimamente a París, ya pudo oír el grito de guerra de la juventud monarquista que le decía audaz y enconadamente: “Muera Briand”, “Vete a Berlín”. Y ese grito de guerra no es más que una señal de que la guerra acabará por matar a Briand. No, la guerra no morirá. Y no morirá, porque solamente por ese camino ganan los valores humanos las alturas y hacen sentir el peso decisivo de su propia significación. Léase la Historia con ánimo de saber si la guerra ha desaparecido un solo momento de la vida humana, y se le verá aparecer en todas partes y en múltiples formas. ¿Cómo llegó a ser Roma la señora de la antigüedad? Espada en mano. ¿Cómo llegó a ser Sócrates el maestro de su tiempo? Por medio de la guerra. ¿Cómo llegó el Cristianismo a derrocarlos dioses del paganismo y a colocar sobre sus despojos el madero sagrado en que se libró y sigue librándose la más enconada de las batallas según una expresión de Renán? Por medio de la guerra. Y la filosofía, la literatura, las escuelas, los sistemas, las artes, la política y la historia no son más que

un inmenso campo por donde han pasado y pasan todos los días —con el puño cerrado y la cabeza hacia las alturas— los valores humanos.

Miguel Ángel, Leonardo de Vinci y Rafael de Urbina, se disputaron encarnizadamente la supremacía. Su rivalidad ha pasado a, las páginas de la historia de cada uno de esos grandes artistas. Y ha quedado allí como una señal inequívoca de que para abrirse paso los valores humanos —en todos los órdenes— la guerra es inevitable.

Wagner tuvo que verse rodeado de gritos de guerra el día en que dio un paso hacía el torrente de la vida, para disputarles su lugar a los valores que ya habían sido consagrados. Y si ha logrado llegar y quedarse como un alto valor artístico, tuvo que llegar mordido, desangrado, cubierto de heridas que la crítica y la envidia abrieron sobre el brazo del insigne músico alemán.

Pasteur, al día siguiente que formuló su teoría de la imposibilidad de la generación espontánea, tuvo que oír un grito de guerra, ardiente y enconado; y para mantenerse en su puesto sostuvo una batalla encarnizada que es una página escrita con sudor y fatigas agotantes.

Bonaparte, el día en que se presentó por primera vez entre los viejos generales de Francia, fue recibido con visible gesto de desdén y con un encogimiento de hombros. Sin embargo, pudo abrirse paso en medio de todos los obstáculos; y más tarde Kléber — transportado de admiración— lo saludaba y le decía que era tan grande que no cabía en el mundo.

Schiller y Goethe —los valores poéticos más insignes de su siglo— el primer día en que se encontraron, se vieron con un recelo que se tradujo en una encendida rivalidad que hubiera sido una batalla ruidosa, si antes no hubieran celebrado el pacto de alianza de la amistad para llegar juntos.

No hay que equivocarse: los valores humanos se abren paso en medio de una batalla sangrienta. Y es que cada valor que hace su aparición halla ocupado el solio de la consagración. Raro es el caso en que están todos los caminos más o menos abiertos para los recién llegados. Lo ordinario es que todas las rutas están cerradas, que hay reyes que ya fueron consagrados y que los nuevos valores —como los antiguos— van a reñir una pelea desesperada para abrirse paso y para llegar. Y si nos acercamos a cada uno de los altos valores, para verlos de arriba a abajo y para escudriñar las señales de sus pies y de sus manos, descubriremos muy fácilmente las huellas de una guerra ardiente que hubieron de sostener para tocar las alturas y para ganar su posición.

Pero no basta llegar. Porque si ya es mucho que se logre que los valores humanos asciendan y conquisten su posición natural, para hacer sentir desde allí el alcance de su poder, sin embargo, llegar no es todo, llegar no basta, es necesario mantener irreductiblemente la posición conquistada. Y aquí aparece de nuevo la guerra como el único recurso de quedarse en el solio de la consagración. La Historia está igualmente llena de esta verdad. Roma llegó. Su espada y sus águilas habían llegado a ser el nudo de los destinos de muchos pueblos. Su palabra era la voz de mando para millones de hombres. Y mientras supo y quiso hacer y sostener la guerra, pudo conservar la posición de señora del mundo, tan trabajosamente ganada. Sin embargo, vino un día en que un Bárbaro venido de uno de los confines del mundo —Yugurta— vio las señales inequívocas de la decadencia de Roma, y se convenció de que ya no quedaba de aquella fuerte y austera república, más que un mercado en que todo se vendía al mejor postor.

Y más tarde —cuando los demás bárbaros se acercaron a los límites donde se asentaba la señora del mundo— no encontraron más que manos trémulas de miedo, dispuestas a comprar la paz; es decir, a comprar con oro —no con la espada— la permanencia en la posición conquistada. Pero el día en que todas las manos aflojaron la empuñadura de la espada para comprar la paz, los bárbaros derribaron de un puntapié a los guardias del Capitolio y echaron suertes en derredor de la ciudad, que había sido el centro de los destinos del mundo.

Benito Mussolini —después de un largo y sudoroso trabajo y de muchas batallas— logró llegar a ser dueño de la suerte de Italia. Llegó como todos tienen que llegar, como todos han llegado; con las manos todavía olorosas a pólvora y desolladas por el esfuerzo para subir. Y apenas ha tocado con su planta las alturas, ya se ha dejado sentir debajo de sus pies un desesperado trabajo de derrocamiento. La guerra ha aparecido al día siguiente de su encumbramiento. Ha tenido que combatir por dentro y por fuera; con los suyos y con los extraños. Han estallado a su paso máquinas infernales preparadas para derribarlo y ha estado a punto de perecer bajo el golpe de sus adversarios. Allí está todavía después de mucho tiempo de luchar. Y si en estos momentos, alguien se acerca a este dictador que recuerda a los viejos romanos que levantaron las primeras murallas de la república, llegará a oír todo el penetrante rumor de una guerra sin tregua. Y verá que con esa guerra es con lo que Mussolini conserva su posición de valor humano que ha venido a ser árbitro de la suerte de Italia.

Francia había llegado a ser la hija predilecta de la Iglesia. Y sus oradores y sus príncipes y sus poetas y sus maestros habían llenado todo: escuelas, libros, cátedras, universidades, tribunales, cabañas y palacios con el acento penetrante y salvador de la doctrina del Maestro de Nazaret. Pero, bajo el esplendor de la corte y en medio del boato de Luis XIV, se dieron un estrecho abrazo los antiguos filósofos, artistas y maestros con los recién llegados. Entre éstos se encontraban Voltaire y Rousseau. Y mientras los antiguos valores flaqueaban y se caían, los recién llegados vinieron a ser los oráculos de su siglo. Y más tarde los crucifijos eran arrancados de todas partes, para cumplir la última orden de guerra resumida en estas palabras que había dicho uno de los recién llegados: "Aplastemos al Infame".

Algún tiempo después, cátedras y universidades, libros y escuelas vinieron a ser una hornaza encendida de odio. Y un día, lo cuenta Armando de Melun, en una de las nuevas escuelas se puso a discusión la existencia de Dios. Y puesto que era cosa del siglo apelar al voto, se puso a votación la existencia de Dios. Hecho el cómputo se vio que Dios no había obtenido más que un solo voto. Era el de Armando de Melun, que fue el único que votó por Dios.

Clodoveo y San Luis habían puesto a Cristo como piedra angular de la monarquía francesa. Luis XIV —enflaquecido por los vicios de su siglo e impotente para hacerles la guerra a los nuevos valores, salidos de las fraguas del odio y aliado a ellos en las orgías de su tiempo— entregó la monarquía francesa en manos de los enciclopedistas, para que éstos la entregaran a la guillotina.

Durante las últimas crisis de ministerios que han estremecido al pueblo francés, fue llamado, por segunda vez, el socialista Joseph Caillaux para hacerse cargo del Ministerio de Hacienda. Con anterioridad, Caillaux había escrito un libro intitulado *El Rubicón*, en el cual el nuevo Ministro esbozaba un programa de gobierno que equivalía al establecimiento de la dictadura. Apenas había tomado posesión de su cargo empezó la guerra contra Caillaux. Varios diputados denunciaron —fundados en las primeras páginas de *El Rubicón*— el proyecto de la dictadura y el gabinete entero de que formaba parte Caillaux y que encabezaba el mismo Briand cayó ruidosamente. Y si a pesar de la guerra muchos llegan a caer, más pronto caen los que se echan en brazos de la desbandada y se empeñan en comprar la paz. Y todos los valores que al día siguiente de su encumbramiento, mellan su espada o celebran una alianza para disipar el fantasma de la gue-

rra, pronto serán derrocados, porque se han herido de muerte y han perdido su propia significación.

Abrirse paso para llegar por medio de la guerra; quedarse allí por medio de la guerra. He aquí dos de los aspectos fundamentales de la actuación de los valores humanos, para que no sean fuerzas estériles, ni factores sin sentido y sin fecundidad. Sin embargo, después de haber llegado y de haber sabido quedarse allí es preciso saber quedarse para siempre. En otros términos, los valores humanos deben fundar una dinastía, deben dejar sucesores. Solamente espíritus estrechos y empequeñecidos pueden voltear las espaldas al porvenir y pronunciar las palabras de Luis XIII: "Después de mí, el diluvio".

Pero los espíritus de amplias concepciones y, sobre todo, los que se sienten ligados a la suerte de las ideas y de los destinos de patrias y de razas, siempre tienden a trabajar para la eternidad y procuran edificar sobre roca. Y todos los que quieren trabajar para la eternidad, buscan sucesores y tienden a hacer su dinastía. Con sobrada razón. Porque la dinastía no viene a ser más que el reemplazo de los valores —enflaquecidos por los años— con valores nuevos que vienen, no a comenzar ni a echar otra vez cimientos, sino a continuar y, si es posible, a terminar.

La inquietud por dejar sucesores no es cosa nueva ni solamente una preocupación de príncipes y de reyes. Ha sido el ansia más ardiente y fecunda de maestros, de fundadores de escuelas y de imperios. Un discípulo —en relación con el maestro— no es más que un aprendiz que se prepara a ser sucesor. Y la escuela —en su significado histórico, doctrinal y artístico— no es más que una dinastía. El maestro sabe que tiene que llegar un día en que se ha de marchar y se llevará lo mejor de su alma. Y busca ansiosamente un renuevo donde quedará su pensamiento para vivir.

Aníbal no era en su odio a Roma el iniciador de una empresa. Era el continuador de la vieja obra del odio de Cartago. Su padre —que sentía la inquietud de fundar una dinastía— lo llevó un día a un templo y allí —todavía joven— lo hizo jurar odio eterno a los romanos.

Bonaparte había llegado a ser emperador. Y los últimos días en que fue arbitro de Francia, lo atormentó de una manera singular el ansia de dejar sucesores. Su divorcio con Josefina se debió a eso principalmente. Su matrimonio con María Luisa, hija del emperador de Austria, tenía por fin dejar una dinastía. Es cierto que fracasó, porque no logró dejar sucesores; sin embargo, su suegro —que sabía todo lo que significaba un sucesor en relación con el porvenir— tuvo buen cuidado de rodear a Napoleón II —

hijo de Bonaparte— de una conjuración de aislamiento y de olvido y no se sintió tranquilo en presencia del aguilucho hasta que pudo verlo demacrado y roído por la tuberculosis.

Los valores humanos no deben dar por terminada su tarea con llegar y quedarse allí. Necesitan sentirse atormentados por la inquietud de dejar una dinastía, de dejar sucesores. Y al decir que deben dejar una dinastía, se quiere significar que deben dejar nuevos y firmes valores. La democracia —en este punto— se ha mostrado tan ciega e imbécil como en todo. Los sucesores, las dinastías —para ella— son un estorbo y una consagración que fue apuñaleada juntamente con todos los demás ídolos que odia el sufragio universal. Pero porque la democracia rechaza las dinastías, nunca ha terminado ni termina nada.

Renán —según parece— fue el que ha llamado a la Iglesia la eterna recomenzadora, porque sobrevive a todas las ruinas y a todos los hundimientos y rehace —con piedras arrancadas a los edificios de ayer— las nuevas construcciones. Sin embargo, no hay exactitud en la frase: la Iglesia no ha comenzado más que una vez; desde entonces no comienza, continúa; no vuelve a hacer, sigue haciendo. Los hombres son los que recomienzan o rehacen sus vidas en torno de ella. Y la democracia sí, es la eterna y estéril recomenzadora. Porque a cada minuto llama al primero que pasa frente al Capitolio, lo unge con el voto. Lo encumbra y lo consagra. El nuevo consagrado encuentra pésimo el plan de su antecesor, o lo encuentra bueno, pero no sabe ni puede llevarlo a feliz término. Y formula otro plan de gobierno. Al día siguiente la democracia llama a otro ciudadano que acaba de pasar frente al Capitolio. Le entrega de nuevo la suerte de la patria y lo hace jurar que trabajará sin descanso por ella. Y este nuevo soberano formula otro plan.

Se ha dicho que Francia ha reformado su Constitución —la constitución que le ha dado la democracia moderna— cerca de ochenta veces en unos cuantos años. La democracia es la eterna recomenzadora, porque nunca hace más que comenzar. Todo lo deja comenzado. Porque —entre otras cosas— aborrece las dinastías y está reñida con el sistema de la sucesión.

A pesar de esto, los valores humanos necesitan escapar del contagio de la democracia y entregarse a la tarea alta de fundar una dinastía y de dejar sucesores. Y esto a nadie le interesa tanto como a los valores humanos, empeñados en fundar imperios para las ideas y para las doctrinas. Porque los valores humanos que han vivido y han querido vivir para abrirles paso,

no a sus intereses personales, ni a su vanidad de pensadores, ni a su ambición de mando y de riqueza, sino a una vanguardia de ideas que deben ser el cimiento y la arquitectura de todas las vidas, deben tener bien entendido que si no han vuelto sus ojos en su derredor para buscar sucesores y para formar dinastías y nuevos valores que reemplacen a los valores que se van, fue inútil o casi inútil, haber guerreado para llegar; fue estéril o casi estéril haber reñido sangrientamente para retener la posición conquistada, puesto que en la hora del derrocamiento inevitable —que es la de la vejez y de la muerte— no está allí gallarda y brillante, como la guardia del Emperador, la nueva guardia de valores que hagan el nudo irrompible del pasado con el porvenir.

César tuvo que ver entre los conjurados contra él a Marco Bruto, qué era su hijo adoptivo. Este hecho es muy frecuente en el orden de las ideas y se ha repetido muchas veces, sobre todo en estos tiempos. La sublevación de los propios hijos del pensamiento o de la sangre, es una de las herencias del siglo presente. Y es que no ha habido viva y seria inquietud por formar dinastías y por dejar sucesores, no en el sentido más o menos exacto de las palabras, sino en su sentido más enérgico y fecundo.

Nuestros derrumbamientos se aclaran y se explican si acudimos, para entenderlos, al derrocamiento de los valores. Más bien entre nosotros podemos decir que ha habido una desbandada de valores y que a partir de ese día —ya un tanto lejano— nadie o casi nadie ha sentido la preocupación de hacer y de acuñar valores. Y los pocos que han sobrevivido al naufragio padecen una petrificación desesperante. Y mientras todos los días se encumbran medianías y nulidades y visten la púrpura de reyes, nuestros valores —los pocos que tenemos— se mantienen alejados de las corrientes de la vida y de los caminos por donde se va a reinar. Y todos los dominios —filosofía, pensamiento, literatura, oratoria, política, problemas sociales— han caído totalmente bajo el peso de la audacia de los que no temen subir, por más que saben demasiado que están muy lejos de haber adquirido la preparación indispensable para hacer obra fecunda y segura en éxitos.

Entretanto nosotros nos retorcemos en medio de nuestra mendicidad de valores humanos, de un lado, y del otro en medio de la inercia, de los titubeos y de la pusilanimidad de los pocos valores que tenemos.

De aquí que se impone inevitablemente que nos demos a la tarea de acuñar valores, para acabar con este estado de bancarrota y de empobrecimiento que nos hace y nos hará volver los ojos hacia todas partes, sin encontrar ni la tabla rota de un navío. Y urge que nuestros valores se compe-

netren íntimamente de sus responsabilidades y que de una vez por todas, se convenzan de que no hay ni puede haber verdaderos valores humanos si no se acepta la verdad indiscutible de que la guerra es necesaria, de que deberá haber batallas sangrientas para ponerse en marcha y llegar, y de que no se puede ganar una posición desde donde se pese, se valga y se haga inclinar la balanza de los destinos, más que con las manos ensangrentadas y con los pies desgarrados.

Cincinato era llamado ansiosamente en los días de las grandes crisis. Pasadas éstas se retiraba a tomar el arado para cultivar la tierra. Pero esperar que se llame a los valores humanos para que dejen sentir el peso de su significación, debe ser algo excepcional, porque los valores humanos deben encontrarse siempre arriba y siempre en medio del tumulto hirviente de las corrientes de la vida de su siglo. Y no deben esperar que se les haga un llamamiento. Porque mientras esperan, habrá otros valores u otras medianías o nulidades, que ganen las alturas y que cierren el paso a los verdaderos valores. Se necesita una acometividad ardiente y viva para ponerse en marcha, para abrirse paso aunque sea preciso padecer desgarramientos y seguir hacia arriba con encarnizamiento, hasta llegar. Y después de llegar quedarse allí porfiadamente sin desmayar en la batalla, sin rendirse a los desfallecimientos y con los dos ojos y las dos manos puestas en el porvenir, para acuñar nuevos valores y para dejar enraizada una fuerte, briosa y atrevida dinastía. Y juntamente con todo esto una sed insaciable de saltar por encima de las fronteras, de todos los dominios. Y hacer todos los días, a todas horas y en todas partes, actos de presencia en la mitad, en el corazón de las rudas peleas del pensamiento y del arte. Filosofía, cátedras, libros, escuelas, universidades, parlamentos, periodismo, política, organización social; todo deberá sentir y recibir los golpes del acometimiento encendido de nuestros valores, el influjo de nuestra llegada y de nuestra presencia, el ardor para resistir a todo derrocamiento y el ruido de las fraguas que moldean los valores de las nuevas dinastías.

Valores humanos anémicos y demacrados, enfermos de aislamiento, de pusilanimidad y de inercia, son valores condenados de antemano al desdén y a la ignominia. Cuando mucho —y esto no pocas veces ha sucedido entre nosotros y en otras partes— se les llama en os momentos de las crisis amenazadoras, se les explota, se les exprime y después se les arroja a la soledad y al desierto.

Valores que —como el hermano fundador de Roma— saltan por encima de todas las murallas y quiebran con su brazo la mano de las median-

ías, de las nulidades y de los incompetentes y en seguida se sientan a reinar como en trono propio y a soltar desde allí las velas de todos los destinos y que no tiemblan delante de los encarnizamientos para llegar y para no ser arrojados hacia afuera; son verdaderos, son plenos, son fecundos valores humanos en el sentido profundo y vital de las palabras.

Ya podemos precisar los tres últimos caracteres de los valores humanos: acometividad para abrirse paso y llegar; persistencia en quedarse a pesar de todas las vicisitudes y fuerte e incansable inquietud por dejar una sucesión.

En la mitad de las crisis y de las batallas ardientes de la vida actual de Alemania, pelea —con los dos brazos desnudos hasta los hombros y con el puño cerrado y firme de los verdaderos valores humanos— un hombre que tiene asombrados a los que han procurado seguir de cerca sus guerras y sus empresas. Se llama Wilheim Marx. Es católico y lleva en su diestra bien desplegada hacia todos los vientos la bandera de la Iglesia. ¿De dónde surgió este batallador y qué ha hecho hasta ahora? Surgió de la vieja guardia reclutada por Luis Windthrost para defender a los católicos de las acometividades de los protestantes acaudillados por Bismarck, el célebre Canciller de Hierro, y por las avanzadas del socialismo. Marx —con plena conciencia de que los valores momificados apenas sirven para los museos— penetró de cuerpo entero en los dominios de la política de su propio país. Tenía que hallarse —como todos los católicos alemanes— en una posición muy desventajosa. Tenía que representar a una minoría más o menos poderosa delante de las banderas de una mayoría aplastante por su número y temible por sus viejos y enconados odios contra la Iglesia. A pesar de esto Marx —a la vuelta de muchas y recias batallas— vino a ser un valor alto, robusto y avasallador, hasta el punto de rendir la misma desconfianza y el encono de sus adversarios.

Fundada la república alemana, se necesitó un canciller hábil para manejar los resortes altos de la política y se le llamó. Sé presentó con toda su talla de luchador y se encargó de su puesto. Después de esto sobrevinieron y han pasado varias crisis y Marx, con todo y ser representante de una minoría, ha sido siete veces canciller de su patria. Hasta aquí ya habría motivos suficientes para saludarlo como a un alto valor. Pero su atrevimiento fue más lejos. Y en las elecciones de presidente de la República alemana el año pasado, aceptó su candidatura y se le enfrentó a Hindemburg, el mariscal consagrado de Alemania. El encuentro fue enconado. Por fin Hindemburg triunfó; obtuvo catorce millones de votos; Marx obtuvo trece mi-

llones. Y este sólo número —aunque no haya sido electo— da la medida de la significación de Marx que logró juntar en su derredor a una masa de electores formada por católicos y por socialistas y que sobrepuja a todo lo que podía esperarse. Al día siguiente, al organizar Hindemburg su gabinete sobrevinieron las crisis. Fracasó en la formación del gabinete Stresseman; fracasó Luther; fracasó por segunda vez Stresseman. Y entonces fue llamado Marx. Sobrevino entonces una crisis inesperada. Hindemburg le escribió a Marx para rogarle que no renunciara. Se anunció una sesión borrascosísima y se aseguraba que allí, en aquella sesión, quedaría disuelto el gabinete organizado por Marx. Y cuando todos los partidos se preparaban para deshacer la obra del canciller, éste se presentó, leyó tranquilamente su proyecto para conjurar la crisis y fue tal el estupor causado por la solución propuesta, que —lo dice literalmente una nota periodística— hubo un profundo silencio que duró un minuto. De allí salió Marx para seguir su marcha de fuerte y alto valor humano. Y allí sigue hoy llamado por Hindemburg —que es protestante— y a la cabeza de un país de protestantes.

Dice Paúl Bourget que si después de muerto se quería —al revolver los huesos de las sepulturas— identificarlo a él, bastaría que se encontraran huesos compenetrados de tinta. Que allí se encontraría. Porque toda su vida no ha hecho otra cosa que escribir. ¿Qué descubrirán los que intenten ver de cerca a Marx, actual valor humano siempre en marcha, siempre con los brazos extendidos en medio de la pelea? De seguro que será posible encontrar "las cicatrices de una espantosa lucha" para acudir a una frase de Hamack. Y esas cicatrices que son las huellas de las heridas y de las batallas que ha librado Marx para abrirse paso, para llegar, para quedarse allí y para moldear el porvenir, son las señales seguras y características de todos los verdaderos valores.

La juventud es el hierro negro de donde salen y se acuñan todos los valores para el porvenir, y de donde deben salir los valores que acabarán con nuestro empobrecimiento y nuestra mendicidad y que saltarán por encima de todas las murallas para quebrar medianías, para pisar nulidades y para empinar a Dios, majestuoso y radiante, sobre los tejados y sobre los hombros de patrias y de multitudes. Nada de valores a medias; nada de valores incompletos; nada de valores que se aferran a su aislamiento, que titubean, que se ponen en fuga frente a la Historia y que se satisfacen con un milímetro de tierra. Que salgan, hoy mismo, de ese hierro negro valores enteros y cabales, valores arrebatados por el grito de guerra de una actividad irresistible que los haga abrirse paso, que los haga llegar, que los haga quedarse. Y que se les vea siempre, como a Marx, con los brazos levanta-

dos en medio de la batalla y en todos los dominios —prensa, cátedras, libros, literatura, oratoria, filosofía, doctrinas, sistemas, política, arte, problemas sociales— y que si llegan a caer después de dejar una dinastía firme y enraizada en la roca, tengan por sudario glorioso —como Cristo— las cicatrices de una lucha espantosa. Y por encima del derrocamiento, de los despojos y de la pusilanimidad de nuestros valores actuales, pasarán las pezuñas de los corceles en que cabalgan los jinetes audaces de la reconquista.

# PARA SER REY

Edipo —el personaje central de una de las más altas tragedias de Sófocles— había nacido marcado con las señales aterradoras del oráculo que había predicho que sería el matador de su propio padre. Y sus padres —que eran reyes de Tebas— al tercer día de haber nacido Edipo, lo entregaron a un criado para que lo despeñara en uno de los montes cercanos. La compasión le perdonó la vida al recién nacido. Cayó en manos de un pastor y éste lo condujo a Corinto. Allí vivió largos años oscuro y olvidado.

Conocedor un día de la predicción funesta que pesaba sobre él, huyó de la ciudad donde había vivido y se puso en marcha hacia Tebas. Penetró a la ciudad —que había sido su cuna— y comenzó a hacer vida común con sus nuevos conciudadanos. Se había presentado con las manos desnudas. Nadie lo conocía ni pudo sospechar que sobre su frente llevaba las huellas de un rey. Ignoraba su origen, jamás había conocido a sus padres y había vuelto del destierro destronado, reducido a la categoría de un simple ciudadano.

Nada ni nadie pudo descubrir —por entonces— que Edipo fuera un príncipe y que debería reinar. Y vivía olvidado, oscuro, pobre y entregado a batir el pan de su vida con sus manos desnudas de ciudadano humilde y empobrecido. Pero al mismo tiempo que amasaba el pan de todos los días con el sudor de su rostro, hablaba con los habitantes de Tebas y adquiría con sus virtudes y su brillante talento una fuerte y viva popularidad. Y a la vuelta de poco tiempo, en medio del clamor ruidoso de una consagración, Edipo recorría las calles de la ciudad que lo había visto nacer maldito, aclamado por millares de bocas, y así fue introducido en el palacio donde había reinado su padre y comenzó a ser rey.

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué las vestiduras obscuras de aquel olvidado ciudadano de Tebas se trocaron en púrpura, y las manos que antes se magullaban con el arado y las herramientas de un taller, pudieron tocar el oro de un cetro y alzarse con la majestad con que se levantan las manos de los reyes? ¿Acaso había sido descubierto su origen, y todos los ciudadanos de Tebas —ávidos de hacer justicia— reponían en su trono al príncipe na-

cido con la noche obscura de una maldición sobre su frente, y que condenado a muerte había visto aparecer el sol de su juventud en la lejanía del destierro?

No. Nadie había desdoblado el enigma entenebrecido de aquella vida ignorada. Ni nadie había encontrado en la frente de Edipo las señales de su estirpe de rey. Edipo había ganado la púrpura y el trono con un gesto alto y fascinador de osadía y de talento. Porque la comarca de Tebas venía siendo devastada —desde hacía mucho tiempo— por un monstruo que tenía la cara y el busto de mujer y el resto del cuerpo de león. Era la Esfinge. Proponía a todos los viajeros que le salían al encuentro intrincados problemas. Y en caso de no resolverlos se lanzaba sobre ellos y los devoraba. El número de víctimas aumentaba de una manera alarmante, hasta el extremo de temerse que aquella comarca fuera totalmente devastada por el furor de la Esfinge. Y los ciudadanos de Tebas acabaron por ofrecer el trono al que tuviera la osadía de ver de cara al monstruo y matarlo.

Edipo fue invitado a que saliera al encuentro de la Esfinge, y aceptó. Se encontraron cara a cara aquellos dos grandes enigmas: el de una vida ignorada de desterrado y de maldecido desde al nacer y el de aquel monstruo aselador. Edipo alzó su cabeza lo más alto posible y escuchó. La Esfinge dijo: “Hay un ser que anda a cuatro pies, a tres y a dos, y precisamente es más lento y tardo cuanto más son los pies en que se apoya”. —“Oye —respondió Edipo—, aunque tú no lo quieras, mi voz y tu perdición: Es el hombre; el cual, de niño, se arrastra con las cuatro extremidades, y de viejo busca un tercer pie en el bastón en que se apoya, encorvado por el peso de los años”.

La Esfinge estaba derrotada. Huyó despavorida, se despeñó y se mató. Y Edipo — todavía radiante con el fulgor de su osadía y de su talento encendido en la frente— fue arrebatado por el vértigo de la consagración popular, todas las manos se levantaron para proclamarlo rey y coronarlo, y la ciudad de Tebas —libre del monstruo— vio, alborozada y estremecida, el torrente de la multitud que llevaba sobre sus hombros a un ciudadano oscuro y olvidado que —con su audacia y su talento— había sabido y querido ser rey. Y que lo había logrado.

La Esfinge ha resucitado. La Esfinge —el monstruo enigmático que propone problemas y formula cuestiones pavorosas y oscuras— resucita en cada época, en cada siglo y en cada país. Porque cada época, cada siglo, cada generación se hallan de cara ante una herencia de enigmas que, de no ser resueltos, devoran y matan. Pero si la Esfinge ha resucitado y resucita

en la mitad de cada siglo y de la vida de cada generación, Edipo ha resucitado y resucita también. Y en cada página de la Historia es posible encontrar el paso de Edipo, el instante en que él y la Esfinge se han visto cara a cara y también el momento en que un ciudadano olvidado y oscuro venido de debajo del techo de una cabaña, de entre el polvo y las herramientas de un taller, de mojar el pan de cada día con el sudor de su frente, ha contestado —con la cabeza echada hacia atrás en un arranque de osadía— todas las preguntas del monstruo, lo ha matado y en seguida ha sido proclamado rey, aunque se haya nacido en una cabaña y aunque en una noche de infamia se haya pronunciado condena de muerte o de destierro. ¿Cómo y con qué herramientas se puede llegar a ser rey? La respuesta no es imposible: al contrario, es bien sencilla. Y hay que darla, para que hoy mismo se pongan en marcha los que se atrevan —como Edipo— a ver a la Esfinge y a medir sus fuerzas con el monstruo.

Para llegar a ser rey, el primer tesoro que es preciso formar —a trueque de todos los desgarramientos— es el de una personalidad rotunda, alta, avasalladora. Porque la propia personalidad es la raíz de donde deben partir y de donde deben irradiar las fuerzas que doblen los hombros y las espaldas de los hombres al hallarse delante de nosotros. “El hombre —ha dicho Goethe— obra todo lo que puede sobre los demás hombres por su personalidad”. Y si se posee una personalidad hecha, martillada sobre yunques macizos y fuertes y se tiene toda una musculatura interior que no se cansa ni se abate, no es necesario ni hablar, ni escribir, ni obrar: basta que se sienta la presencia de la propia personalidad, para que se haga sentir el peso, la gravitación de un poder decisivo e irresistible de fascinación. No basta tener y ostentar una fachada de personalidad. Porque en esto —como al tratarse de las monedas— es muy fácil deslumbrar con las apariencias; pero el solo contacto —no ya pruebas recias y profundas— basta para disipar el engaño y para descubrir el fraude.

Y los que han sondeado un poco los enigmas de la vida y han podido tocar el interior de algunas vidas, saben que no bastan las fachadas y que no es nada difícil encontrar debajo de ellas, aristas rotas, de fragilidad y de impotencia. De aquí que en punto a edificar nuestra personalidad, procuremos huir de las fachadas y de las meras apariencias. Y si solamente cobre tenemos, acuñemos cobre; si tenemos oro o diamante, acuñemos personalidades de oro o de diamante. Porque es preferible ser una vil y obscura moneda de cobre, pero buena y que pueda servimos para comprar aunque sea un mendrugo de pan, a que hagamos una moneda falsa y tengamos que caer en la ignominia de que en pleno mercado —donde se entrecruzan

los valores humanos y son puestos a prueba— se nos arroje marcados con la infamia de los monederos falsos. Y en posesión de una firme, recia y sólida personalidad —edificada, construida, sobre la piedra angular de nuestro espíritu y de nuestra propia carne— podemos esperar que con nuestra sola presencia empezaremos a fundar el reinado en que más tarde seremos ungidos con el óleo con que se hace la consagración de los reyes.

Cayo Mario había edificado una alta personalidad. Con ella había logrado pesar decisivamente sobre su siglo. Pero una serie ininterrumpida de reveses lo arrojó al destierro. Y fue entonces cuando apareció con toda su fuerza el alcance de la personalidad de aquel célebre romano. Fue aprehendido durante su viaje de desterrado y —previa una enconada deliberación de los magistrados de Minturnas— fue condenado a muerte. Sin embargo, desde luego no fue posible encontrar quien se atreviera a ejecutar la sentencia de muerte. Porque las manos de los soldados temblaban de admiración, de respeto, hacia aquel viejo caudillo de Roma. Por fin un soldado arrebató su espada y se dirigió hacia el lugar donde Mario esperaba que se decidiera su suerte. Pocos momentos después se veía llegar a aquel soldado al punto mismo de donde partió. Venía confuso, trémulo y espantado. Y al encontrarse delante de los magistrados que habían pronunciado la sentencia de muerte, gritó desaforadamente: “Yo no puedo matar a Cayo Mario”. Esto despertó un movimiento inesperado de admiración y se dejó a Mario que continuara su camino.

Emerson y Carlyle llegaron a ser los maestros de su siglo y de su generación. Uno — el primero— pronunció sus oráculos en América; el otro —Carlyle— los dijo en el Viejo Continente. Ambos llegaron a colocarse en las alturas desde donde se desatan las barcas de todos los pensamientos y de todas las vidas. Un día se encontraron. Emerson penetró a la estancia donde Carlyle preparaba sus mensajes para su siglo. Quedaron sentados uno frente al otro. Reinó un silencio profundo. Y en medio de la quietud inalterable de aquel instante, aquellas dos águilas del pensamiento —sin el vano ruido de las palabras— sentían el roce fecundo de sus alas. Pasó un largo espacio de tiempo. En seguida los dos maestros se pusieron de pie, estrecharon efusivamente sus manos en señal de despedida y se separaron. No hablaron. Pero se lo habían dicho todo. ¿Cómo?

Con la sola presencia de sus personalidades. Y esto hacen todos los días los hombres edificados en roca, a diferencia de los que han sido construidos sobre arena: lo dicen y lo hacen todo y obran sobre los hombres —según la frase de Goethe— “por su personalidad”.

En cambio las personalidades que no son más que una mera fachada, una apariencia de musculatura interior, se derrumban y caen de una manera irreparable el día en que se les aplica la piedra de toque de una crisis y de una tormenta. Y entonces todos tienen que exclamar: Nos habíamos equivocado; creíamos tener un rey y solamente encontramos un hombre vestido de príncipe, que vale menos que un mendigo. Y se dice entonces la frase fuerte de aquella célebre mujer que increpó a Boabdil arrebatado por el vértigo de su desbandada: "Bien puedes llorar como mujer el reino que no has sabido defender como hombre".

El libro es otro de los elementos de alcance decisivo para llegar a ser rey. No es más que la prolongación de la propia personalidad. Porque no es el libro más que un ancho y fecundo respiradero del propio pensamiento. Pero con un libro se puede y se llega a reinar un día, muchos días, un siglo, muchos siglos. Y se puede reinar no solamente sobre los hombres; sino sobre los mismos reyes, sobre los capitanes y sobre los ejércitos. Más aún: con un libro se puede echar abajo a los reyes, a los conquistadores y fundar sobre sus escombros un nuevo imperio.

Mientras Luis XIV deslumbraba a su siglo con el esplendor de su reinado, penetró por las calles de París, un hombre oscuro y desconocido. El recién llegado escribió La Nueva Eloísa. Y la nobleza —que hasta entonces había vivido entregada a rendirle culto a la persona del rey y en medio de los convencionalismos y artificios de la corte— comenzó a sentir una irresistible nostalgia por la naturaleza desnuda y espontánea. Una dama noble había dado orden de que se le preparara su carroza para asistir a una reunión. Poco antes de salir encontró aquel libro sobre una mesa. Abrió sus páginas; se sintió fascinada por el estilo y por los personajes. Fue arrebatada por un éxtasis en presencia del libro y lloró hasta bañarse cuerpo y alma. Amanecía y aquella dama continuaba bebiendo el pensamiento del autor. El cochero se acercó en estos momentos a preguntar tímidamente que si no salía la señora. Y ella ordenó que fueran soltados los caballos, porque deseaba apurar el vino que le había embriagado.

El autor del libro era Juan Jacobo Rousseau. Más tarde escribió *El Contrato Social*, que fue devorado por los espíritus inquietos y atormentados de aquel tiempo. Y siguieron su marcha los años. Y aquel artífice de libros y de quimeras, traspasó los umbrales de la eternidad y pareció haber muerto para siempre sin haber desquiciado nada ni a nadie. Pero un día —cuando la monarquía francesa parecía empezar a rejuvenecerse bajo la mirada de Luis XVI— muchas manos obscuras pasaban frente al palacio de

los reyes. El descendiente de Luis XIV, un tanto movido de extrañeza le preguntó a uno de los nobles que si era aquello un motín. A lo que contestó, con acento profetice el noble: “No, Majestad, es una revolución”. Y cada mano, de las muchas que juraban en medio del tumulto, había tomado una tea encendida de las páginas de los libros de Juan Jacobo. Y todos los millares de manos que parecían millones de antorchas encendidas que prendieron fuego al andamiaje ya apolillado de la dinastía reinante y que luego alzaron la guillotina y decapitaron al rey y a la reina, no eran más que los centenares de páginas de *La Nueva Eloísa* y de *El Contrato Social* que habían atizado la hoguera de la sublevación.

Han pasado muchos años desde que Juan Jacobo pasó con sus libros debajo del brazo y desde que los arrojó sobre la monarquía francesa como un desafío, y todavía han seguido extendiéndose los dominios de aquel fabricante de quimeras, que está muy lejos de ser ajeno a la misma revolución rusa. Pues es bien sabido que León Tolstoi, precursor y artífice del desquiciamiento de la Rusia de los Zares, era un ferviente devoto de Rousseau hasta el punto de que llevaba colgada al cuello una efigie del autor de *La Nueva Eloísa*. Con unos cuantos libros continúa siendo Juan Jacobo un soberano que dispone a su arbitrio de las dinastías y que sigue fundando —aunque duren poco tiempo— imperios de sueños y de quimeras.

Enrique VIII, en un arrebato de orgullo y de lascivia, se había separado de la Iglesia Católica. En seguida se dio a la tarea de fundar su propia iglesia. Y tras de una enconada persecución estableció el protestantismo. De este modo Inglaterra vino a caer de rodillas delante de Lutero. Y a partir de ese día, el Catolicismo ha tenido que hacer grandes esfuerzos para reconquistar las posiciones perdidas.

Entre las acometidas victoriosas que más tarde ha dado el Catolicismo en Inglaterra, se encuentra lo que se ha dado en llamar la “crisis de Oxford”. Esa crisis ha consistido en el hecho de que algunos protestantes de pujante relieve por su ciencia y su prestigio, comenzaron a desertar de las banderas del protestantismo, para echarse, en un arranque de fervor y de entusiasmo, en los brazos de la Iglesia Católica.

Entre los convertidos con motivo de la “crisis de Oxford” se encuentra el célebre Cardenal Newman. Newman era el más alto de los abanderados. Un día después de largo trabajo de fermentación provocada por el dedo de Dios, leyó una frase que San Agustín había escrito en uno de sus libros. Se trataba de una frase bien sencilla, en la cual se recalca la autoridad doctrinal de la Iglesia: “*cursus judicat terrarum*”. Esta frase de San

Agustín aparecía reproducida en un escrito de Wiseman. Aquellas palabras se encajaron porfiadamente en el pensamiento de Newman y lo arrojaron hacia el lado de la Iglesia Católica.

Y toda esa crisis religiosa que ha venido dando prosélitos al Catolicismo en Inglaterra, arranca de una sola frase escrita por San Agustín en uno de sus libros. Y de este modo se puede llegar a ser rey de un siglo, de una época, de una generación y volcar imperios y edificar dinastías sobre sus despojos, sin más elementos que unos cuantos libros. Y por esto el libro es uno de los factores más eficaces para llegar a ser rey.

La elocuencia es otro de los recursos de que se puede echar mano para llegar a ser rey. Cada orador consagrado ha tenido que ser —sin más poder que el de su palabra— el soberano de su siglo o cuando menos de su generación. Demóstenes lo fue de Grecia. Y sus conciudadanos —vivamente agradecidos hacia el más grande de sus oradores— quisieron entregarle una corona en premio de sus afanes y de su elocuencia puesta al servicio de su patria. Y fue entonces cuando alguien se atrevió a disputarle aquella recompensa. Y fue también entonces cuando la Grecia entera —sacudida hasta en sus entrañas— asistió al encuentro entre Demóstenes y Esquines. Los dos rivales arrojaron todos los dardos de sus repletas aljabas de maestros de la palabra y se clavaron puñados de saetas en el corazón y en la frente. Pero el príncipe, el rey de la elocuencia griega — que era Demóstenes— defendió victoriosamente la corona que había ganado con el esplendor maravilloso de su palabra.

El día siniestro y oscuro en que se desató el huracán de la revolución francesa del noventa y tres, el cetro de los reyes había pasado de las manos de Luis XVI a las manos del orador más alto, que era Mirabeau. El cetro de Luis XVI era solamente una caña rota. Las muchedumbres arrojaban sobre el trono, todo el desdén y todo el odio de sus anatemas. La brújula se había roto en aquel barco desmantelado y los remos cayeron en poder de los oradores. Pero entre los oradores Mirabeau descollaba como una montaña rodeada de colinas. Y Mirabeau —sobre el corcel fogoso y arrebatado de su elocuencia vertiginosa— se hizo rey de Luis XVI y soberano de las muchedumbres. Hablaba un día en una asamblea rugiente que estaba empeñada en sofocar la voz de los oradores: Entonces Mirabeau se irguió sobre sus pies, echó hacia atrás su cabeza coronada por una melena como de león y gritó: “Que callen los treinta”. Y se hizo un profundo silencio. Los partidarios del rey comprendieron que no había más camino para impedir la caída del trono que ganarse a Mirabeau, que había venido a ser —con su

palabra— el monarca de Francia. Pero antes de que el tribuno pudiera desarrollar todo su plan para apuntalar el trono de Luis XVI, cayó herido de muerte, saqueado por las agotantes fatigas de la lucha y por el enorme fardo de podredumbre moral que llevaba sobre sus espaldas.

Luis XVI —más tarde— moría en el cadalso. Sus funerales se perdieron en la oscuridad. El día en que Mirabeau agonizaba en su lecho, estaba rodeado de una multitud ansiosa que contaba los minutos de la vida que le quedaba al tribuno y preguntaba ansiosamente por su salud. El hacha de la muerte le partió el corazón. Y el día de sus funerales, las manos de cien mil franceses se extendieron sobre el cadáver del tribuno, para darle la última despedida. Envuelto en la púrpura de su palabra vivió —en los últimos años de su vida— como un rey; amortajado en el sudario de su palabra, fue enterrado como un rey.

La Prensa periodística ha venido a ser —entre los recursos puramente humanos— el más poderoso para llegar a ser rey. Filósofos, políticos, estadistas, maestros, caudillos de muchedumbres, industriales, comerciantes, hombres de negocios, sacerdotes: todos acuden todos los días a la prensa para confiarle su pensamiento, sus conquistas y sus empresas, con la firme confianza de que así llegarán a reinar. En estos instantes, no hay quien no tema la prensa periodística, ni se atreva a prescindir de ella. Los hombres que sienten hambre de subir y de gobernar a los pueblos se echan ciegamente en brazos de la prensa y saben que los llevará a las alturas del poder. Cleveland —que fue presidente de los Estados Unidos del Norte— aceptó ser candidato por más que sabía que el éxito estaba muy lejos de ser seguro. Sin embargo, para abrirse paso y para ganar la opinión y salir triunfante en las urnas electorales, confió su suerte a la prensa. Cleveland alcanzó una victoria decisiva, a pesar de que todas las apariencias hacían esperar que sería derrotado. Pocos pudieron de pronto explicar el éxito de aquella candidatura. Más tarde el mismo Cleveland aseguró, que su candidatura habría sido irremediablemente derrotada si no hubiera sido porque la fortaleció y la llevó hacia las alturas el “New York World”.

Al día siguiente de que alguno llega a las cumbres de los destinos de patrias y de hombres, pone sus miradas en la prensa periódica. Si los periódicos lo atacan, los persigue hasta amordazarlos o matarlos. Y en todo caso procura rodearse de una fuerte escolta de prensa que lo sostenga y lo afiance. La prensa periódica no solamente gobierna la opinión: maneja, desquicia, subleva, arruina, exalta, sofoca pensamientos, sistemas, programas, tronos, multitudes; en una palabra, lo mueve y lo agita todo. En un

minuto echa sus teas encendidas sobre la frente de millares de hombres. Y al minuto siguiente o si se quiere mañana, otro día, más tarde, acaba por arrojar un torrente que derriba todo o un huracán que revuelve todas las vidas de arriba a abajo. La Liga de las Naciones está vivamente empeñada en difundir hacia todas partes las ideas de la pacificación universal. Y no hace más que unos cuantos meses tomó el acuerdo de llamar en su auxilio a la prensa para hacer reinar la paz. Y todos los días: unos para llegar a ser reyes y otros para no dejarse arrebatar el cetro, saludan a la prensa y la llaman a su lado para abrirse paso y reinar.

La acción es otro de los grandes poderes para llegar a ser rey. La acción tiene un doble aspecto. Porque por un lado hace sentir más vivamente que nunca, la presencia de los valores humanos. Y por otro, obra con la rapidez y el alcance de un contagio y atrae y junta brazos y pensamientos en tomo de las grandes personalidades. La soledad y el desierto en que viven y mueren muchos hombres, no se explica más que por su inercia, por su inmovilidad, por su retraimiento.

Por el contrario, el dominio que muchos han alcanzado sobre los pensamientos y los brazos de los demás, encuentra su explicación en el movimiento vertiginoso de la acción. Julio César —en uno de los dramas de Bernard Shaw— se encuentra en presencia de la célebre Esfinge de Egipto, clavada en medio del desierto, y le dice: “Salud, Esfinge, Julio César te saluda. Encontré rebaños y pastos, hombres y ciudades, pero no a otro César; ningún hombre que pueda obrar las obras de mis días o pensar los pensamientos de mis noches. Yo viajo y tú estás quieta, yo conquisto y tú aguantas”.

La contraposición entre los hombres de acción y los que jamás saben ponerse en marcha paralelamente a los acontecimientos está bien expresada. Porque mientras unos viajan, otros están inmóviles; mientras unos conquistan otros aguantan. Y los que conquistan son los que fundan imperios; los que aguantan —como la Esfinge de Egipto— tienen que ser súbditos y esclavos. La acción, al irradiar, atrae y llama irresistiblemente. Y así se empieza a reinar. Julio César solicitó del Senado romano que se le prorrogara el mando de tropas en las provincias donde guerreaba. Al discutirse la solicitud se encontraba presente un cabo de las legiones de César. Y en los momentos en que el Senado declaró solemne y majestuosamente que no prorrogaría el mando, el cabo exclamó, llevando su mano a la empuñadura de su espada: “Esta se lo prorrogará”.

12. es que el hombre de acción llega a adquirir dominio sobre brazos y voluntades, por haber hecho sentir su presencia sobre la carne viva y sobre el espíritu de los demás, y por haber arrebatado en su marcha a los que lo han visto atravesar por en medio de la sangre y del sudor de muchas batallas. La acción siempre se ha traducido en contagio que concentra y llama pensamientos y brazos, porque desde el momento mismo en que un ser obra sobre los demás, los hace entrar en sus planes y los arroja hacia un rumbo determinado: Y esto es el comienzo de un reinado y, no pocas veces, es la fundación de un imperio.

El proselitismo es otra de las fuerzas para llegar a ser rey. Es una de las formas de la acción; pero tiene su carácter especial y va más en derechura a entregarles la púrpura a los hombres. La pasión del proselitismo es una fiebre irrefrenable de darse, para conquistar. El que se entrega a la tarea de hacer prosélitos tiene que dar. Unas veces da su palabra, otras da su tiempo, otras su pensamiento, otras da su corazón. Y el que sabe y quiere dar más es el que hace más amplias conquistas. Y es el que funda más sólidos y más firmes imperios. Porque los pensamientos y los brazos de los demás, pueden resistir y muchas veces resisten al libro y pasan delante de él con un gesto de alto desdén; muchas veces escapan al calor de la acción; pero cuando alguien se les acerca, penetra a lo más recóndito de su vida y les entrega un jirón —todavía ensangrentado— de su propia alma, el resorte nunca totalmente flojo ni irreparablemente roto de la generosidad, empuja a pagar con una entrega plena y sin reservas.

13. el día de la prosperidad y el día de la desgracia, se tiene siempre un reino aunque se haya empequeñecido. Napoleón fue un manantial de generosidad para muchos capitanes. De ellos hizo mariscales, reyes y generales. Y cuando en medio del desastre de Waterloo, el Emperador bajó —espada en mano— de su caballo, resuelto a buscar la muerte en los cuadros del ejército vencedor, muchas manos trémulas de ansiedad lo arrancaron del peligro y le salvaron la vida. Y cuando preparaba su viaje al destierro y no era ya más que un poder caído, se acercó a él uno de sus viejos generales para ofrecerse a acompañarlo. Era el general Drouot. El emperador habló de retribución; pero entonces Drouot —intensamente conmovido— puso como única condición para acompañar a Bonaparte al destierro, que no se le pagaría sueldo. “Señor, dijo el general, si Vuestra Majestad, en los momentos en que estamos, me diera dinero, dirían que el emperador Napoleón, en la adversidad, no encontró amigos sino a precio de oro; y dirían de mí que seguí a Vuestra Majestad, porque me pagaron”.

El proselitismo—cuando es pasión que hace dar, que hace entregarse— logra echar raíces de un imperio que difícilmente se muere: el imperio del amor. Y es por esto, otro de los caminos por donde se puede ir a ser rey.

Durante el primer cuarto del siglo pasado hizo su aparición —en el escenario de la Historia— un hombre que valía por muchos reyes juntos. Había nacido en Irlanda en medio de varios millones de católicos reducidos a la más bárbara y feroz tiranía. La crueldad del protestantismo inglés había eliminado, en Irlanda, a todos los católicos de los puestos públicos; les había arrebatado la libertad de enseñanza y la libertad de conciencia. Los irlandeses estaban obligados a pagar diezmo para el sostenimiento del culto protestante y sus hijos no podían obtener un título profesional más que en las escuelas impías. Y en este pueblo —que era un inmenso esclavo de varios millones de católicos— nació Daniel O'Connell. Como Edipo, había nacido condenado a la servidumbre, al olvido y al destierro. Tuvo que ir a Francia para hacer su carrera de abogado. Y de regreso a su patria no era más que un hombre oscuro que llevaba en su frente y en sus manos todas las marcas y las señales de los esclavos. Pero fue osado como nadie lo fue en su siglo. Fue elocuente como nadie lo pudo ser en su tiempo. Fue activo con una acción devoradora y se entregó todo entero —en cuerpo y alma— a la defensa de la libertad de su pueblo, en presencia del país más fuerte y pérfido: Inglaterra.

Uno de sus primeros actos de inmensa osadía, consistió en formular una protesta fuerte y vibrante contra el despotismo inglés. Y en seguida se empinó sobre las frentes arrugadas y marchitas de aquellos millones de irlandeses caídos bajo el puño brutal del protestantismo. Su palabra se retorcía, gritaba, sacudía, temblaba, estremecía, levantaba, subyugaba: era una cosa viva como un cordaje hecho de carne atormentada. Y todos los esclavos se apiñaron en su derredor. Y él se mezcló, se confundió todo entero en la vida de todos sus compatriotas. Era su abogado, su defensor, su consejero, su hermano, su padre, su juez, su árbitro.

Bien pronto fue llamado por el desdén de los protestantes "el rey mendigo". Era mendigo, es cierto. Pero era también rey. Y esto era mucho más cierto. Porque todos los irlandeses dejaron de ser, de hecho, súbditos del rey de Inglaterra para serlo con el corazón, con el pensamiento, con sus brazos, súbditos de O'Connell. Había en O'Connell muchos reyes: su recia y aplastante personalidad, su palabra, su proselitismo, su osadía y su sentido de organización. Y todos estos reyes juntos en un solo hombre, entraron

en enconada y ardiente batalla contra Inglaterra y contra todo su poder y su perfidia.

Su popularidad le dio a O'Connell en las elecciones una victoria abrumadora. Porque había llegado a reinar hasta en lo más oscuro y olvidado de las cabañas. En la lucha electoral apareció un hombre que parecía un espectro. Hacía muchos años que sufría cárcel por deudas. Y un lord inglés le prometió la libertad a trueque de que votara contra O'Connell y a favor del candidato protestante. Aquel espectro se adelantaba con paso vacilante a depositar su voto contra O'Connell. Pero en estos mismos instantes una mujer —demacrada, envejecida, hecha un harapo— avanza hacia el desertor, lo coge nerviosamente de un brazo, se alza sobre él, le grita con gesto de gallardía y de desesperación y le dice: "Acuérdate de tu alma y de tu libertad". Era la esposa del preso. Había llegado a tiempo. La traición no pudo consumarse. Y al día siguiente sus palabras aparecieron como un grito de guerra y de esperanza, en la bandera de la Asociación Católica, creada por O'Connell para la defensa de la libertad de Irlanda.

Poco después O'Connell tuvo que llegar a las puertas del Parlamento inglés. Un ujier le dice: "Sois católico, no cabe un católico en una asamblea protestante. ¿Juráis el artículo treinta y nueve de la religión anglicana?" —"Juro —respondió O'Connell— fidelidad a mi rey y a las leyes justas del parlamento; pero no juro la herejía y la blasfemia. Pido a la Cámara que se me admita a probar mi derecho". Entró al Parlamento. Y —en medio de un sacudimiento de estupor— desató la catarata de su elocuencia. Y se pudo oír entonces el grito atronador de millones de bocas que decían los desgarramientos de varios siglos de ignominia, de servidumbre y de dolor.

Hacía trescientos años que no había un lugar en el Parlamento para los irlandeses. Desde aquel día lo hubo: O'Connell lo había conquistado. Y detrás de esta victoria vinieron las demás. Un año después el parlamento formula el primer decreto de libertad para Irlanda. El Rey Jorge IV se resiste a firmarlo. Tiembla de ira. Maldice a O'Connell; pero pone, por fin, su firma al calce del decreto. Después alcanza la emancipación política y la supresión del diezmo para sostener el culto protestante. Más grande que Bonaparte —que vivió como emperador y murió en un peñón escueto del mar, como un mendigo—; y más grande aún que Mirabeau —que solamente fue rey de un día—, O'Connell vio levantarse en su derredor las manos de ocho millones de irlandeses que lo proclamaban y lo saludaban y obedecían como a un rey. Y el mundo y la Historia vieron extenderse —sobre el cadáver de aquel hombre que llevaba muchos reyes juntos— las

manos de ocho millones de esclavos redimidos para darle la despedida suprema. El desdén protestante le había llamado “el rey mendigo”. Y había dicho una inmensa verdad: O’Connell era un mendigo que había llegado a ser rey y a doblar el brazo de los reyes. Lo que demuestra que de mendigo se puede llegar a ser rey.

Oye, viajero osado del porvenir: tú conoces la Esfinge; tú la has visto, como Edipo. Tú también —como O’Connell— has nacido mendigo en tu propia Patria; tú —como O’Connell— has nacido condenado al olvido y al destierro. Tú también —como O’Connell —llevas todavía ennegrecidas las manos con el polvo del desierto y de la proscripción y amasas el pan negro que tienes que comer. Atrévete. Vuélvete hacia la Esfinge, mírala cara a cara. Óyela decir sus pavorosos problemas. En seguida contesta y mátala. Ya sabes cómo la puedes matar. Ya has visto —bajo el grito penetrante de estas páginas— qué debes hacer para ser rey. Ya sabes con qué puedes ser rey. Vuélvete hacia la Esfinge —después de abroquelarte con todos los recursos para reinar— y mátala. Te harán rey, como a Edipo. Te harán rey, como a O’Connell.